

EL GRAN PELIGRO

ROY SILVERTON

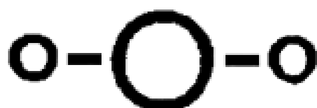
El gran peligro

Colección ESPACIO

El gran peligro

por

Roy Silverton



EDICIONES TORAY, S. A,

Arnaldo de Oms, 51-53

BARCELONA FIDEL INTERNATIONAL

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS

EN LOS ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMÉRICA Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.

BOX 266

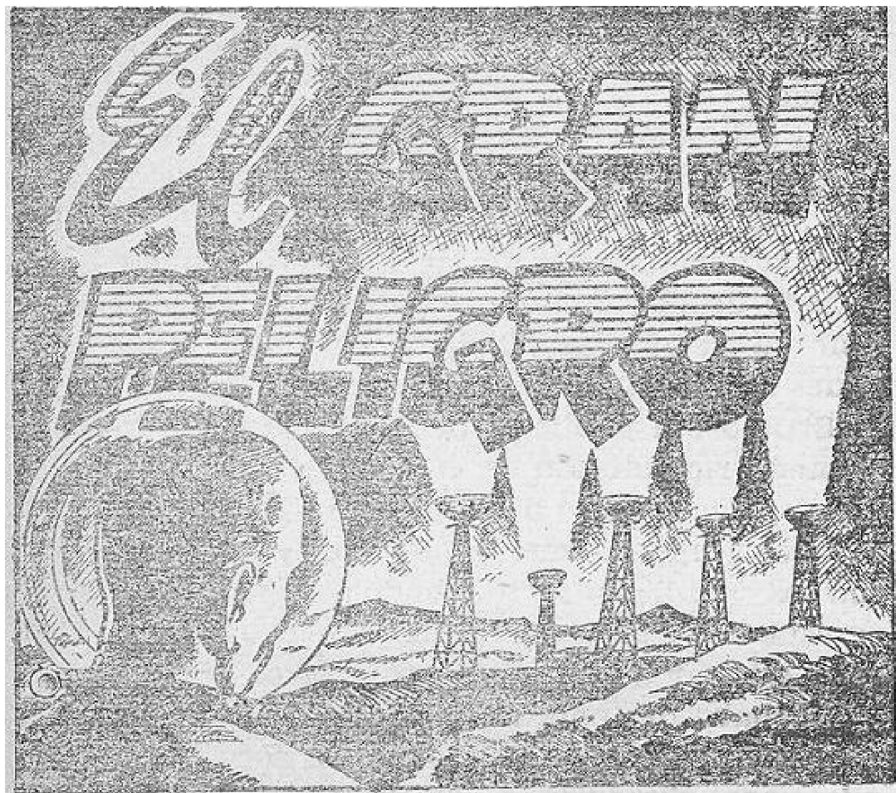
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito Legal: B. 1976 – 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

T. G. Peralta. – Pasaje de Núria, 8, – **BARCELONA**


El Gran
Peligro

CAPÍTULO PRIMERO



trand y Wickers, la pareja de caricatos de fama mundial en el año 2058, estaba actuando ante la televisión en colores y triple dimensión, que desde la gran emisora instalada en las cumbres del Himalaya era retransmitida a todo el mundo por una enorme red de subemisoras en cadena que, al mismo tiempo y automáticamente, doblaban los chistes en los principales idiomas del mundo.

La actuación de Strand y Wickers era siempre un éxito asegurado; pequeños y mayores se retorcían de risa sólo al verlos aparecer en la pantalla receptora, y podía afirmarse sin faltar a verdad que en aquel periodo de paz mundial e interplanetaria su actuación era siempre presenciada por varios miles de millones de personas.

Strand era el «listo» de la pareja. Con su traje a la moda ridiculizada de cien años atrás, avanzó hacia el primer plano de la pantalla con sus ojos, muy redondos, inmensamente abiertos, y la boca cerrada, con los carrillos muy hinchados, como el hombre que se está esforzando en vano para contener la risa y va a estallar de un momento a otro.

Acababa de tomarle el pelo a Wickers, el «tonto», y esperaba que se le calmaran un poco los deseos de reír para obsequiar a su invisible pero indudable auditorio con un nuevo chiste.

Por fin, con su rostro de pícaro, con aquella expresión que le hacía un indiscutible maestro en el arte de la gracia y de la

socarronería, empezó a hablar:

—¡Aquí, Bill Bannister! ¡Bill Bannister, el «Señor del Universo»! ¿Se acuerdan de mí? ¡Bill Bannister, que no está donde ustedes suponen! ¡Bill Bannister, que les habla desde un lugar desconocido! ¡Atención, pues es muy importante y muy grave!

Esto fue lo que dijo Strand, el «listo» de la pareja de caricatos. Esto fue lo que oyeron miles de millones de personas que tenían conectada la emisión en todas las regiones de la Tierra. Sólo que no era un chiste. ¡Y que la voz no era la habitual de Strand, el «listo» de la pareja.

Ahora, en la pantalla, Strand se estaba carcajeando y señalaba a Wickers, que fingía llorar, pero que estaba más grotescamente cómico que su compañero. Y la voz continuó:

—¡Bill Bannister no ha amenazado nunca en vano! ¡Se me supone preso, pero estoy en libertad! ¡Y amenazo! ¡Reclamo la sumisión total del Consejo de Naciones del Universo o reanudaré la guerra de la que, mí supuesta captura, no fue más que una fase! ¡Soy el amo porque soy el más fuerte! ¡Y lo demostraré empezando desde mañana a disimular la intensidad de la fuerza del Sol! ¡Concedo un mes al Consejo de Naciones y a todos los habitantes de la Tierra y colonias planetarias! ¡Si dentro de un mes no se me ha concedido el mando absoluto, el mando que me pertenece, la Tierra y los planetas dejarán de recibir calor! ¡Soy yo, Bill Bannister, quien lo afirmo! ¡Vosotros no tenéis más que elegir lo que os conviene! ¡La guerra entre Bill Bannister y el Universo se reanuda desde este momento!

Esto pareció que estaba diciendo Strand mientras en el estudio de la gran emisora «TV», en una de las cúspides del Himalaya, parecía estarse retorciendo por la gracia.

Pero los miles de millones de seres humanos que habían escuchado sabían a qué atenerse. El nombre de Bill Bannister que se llamaba a sí mismo «Señor del Universo», pero a quien el Universo denominaba «El Loco Bannister», causaba terror sólo de oírlo pronunciar.

Bill Bannister, el sabio atómico cuyo nombre iba ligado con los descubrimientos de los últimos veinticinco años, vencido quizá por la soberbia o trastornada su mente a fuerza de pensar, se había declarado en rebeldía y había querido hacer uso de sus inventos para los fines que había engendrado en su locura. ¡Para hacerse amo absoluto del Mundo!

Le habían capturado dos años antes, cuando trataba de hacer estallar la Tierra como una inmensa granada, y se le suponía en uno de los satélites de Neptuno, donde estaba instalada la gran penitenciaria del Universo, y de donde, teóricamente, era imposible escapar.

Y sin embargo, al parecer, Bill Bannister había escapado y acababa de aterrar a la Humanidad con una amenaza por lo menos tan terrible como la que estuvo a punto de convertir en realidad!

La gente, los miles de millones que presenciaban la emisión, dejaron de interesarse por la pareja de caricatos y sus muecas. Estos fueron sustituidos en la pantalla por el rostro alarmado del locutor del estudio, que anunció:

—Nuestra emisión ha sido extrañamente interferida. Desde luego, las palabras que acaban ustedes de oír no las ha pronunciado el artista ni persona alguna que esté en nuestros estudios.

No hacía falta decirlo. Todo el mundo sabía, todo el mundo estaba convencido de que era Bill Bannister quien había hablado. ¿Por qué medio? ¿Cómo había conseguido interferir la emisión? Era muy difícil contestar a las preguntas, pero el hecho en sí de la interferencia era ya una demostración del poder del «Loco Bannister».

Y había sabido elegir el momento; la actuación de Strand y Wickers, que era captada por casi toda la Humanidad. Así, en breves instantes, su amenaza había sido conocida por la casi totalidad de los habitantes de la Tierra. ¡«El Loco Bannister»!

En la pantalla, que había estado breves momentos sin funcionar, volvió a aparecer el locutor.

—Por orden superior —anunció— nos vemos precisados a suspender la emisión. Sentimos tener que cancelar el programa de hoy. Cuando nos sea posible facilitaremos noticias. Buenas tardes.

Y todas las pantallas quedaron en blanco.

Los particulares comentaron la cosa a su gusto. Pero los responsables del gobierno del universo recibieron a los pocos minutos una convocatoria, dondequiera que se encontrasen, con orden de suspender toda actividad y acudir a una reunión extraordinaria.

También la tuvieron los Altos Mandos de las fuerzas de Policía y Seguridad Sideral. El jefe supremo, con mando sobre todas las fuerzas que garantizaban el orden en la Tierra y Planetas, reunió a sus

inmediatos inferiores, los jefes de seguridad de cada una de las naciones que constituían la Gran Federación. Aviones-cohetes surcaron el espacio desde todos los puntos del globo, y poco más tarde hombres de todas las razas estaban reunidos en la gran sala de actos del edificio de la Jefatura Superior de Seguridad del Universo.

El jefe supremo se dirigió por micrófono a sus subordinados.

—Creo que no hace falta que les diga el motivo por el cual han sido convocados, señores. —En el auricular de cada uno de ellos las palabras del jefe de Seguridad eran traducidas al idioma correspondiente—. La interferencia en la emisión a cargo de ese par de cómicos no ha sido una broma. Alguien, desde no sabemos dónde, ha conseguido anular las ondas lanzadas por la gran emisora del Himalaya y sustituirlas por las que eran portadoras de su propia voz sin imagen. Hasta hoy hasta este momento, estábamos todos convencidos de que Bannister purgaba sus delitos en la penitenciaría «N-2», del segundo satélite de Neptuno. Pero no es así…

—¿Me permite, señor? —interrumpió alguien.

Y se puso en pie el jefe superior de Seguridad en el Canadá.

—Hable, Mac Inner. Les he convocado para esto.

Mac Inner habló a través del micrófono instalado frente a su asiento, que, como el del jefe supremo y el de todos los demás, traducía las palabras a los idiomas nativos de quienes escuchaban con los auriculares puestos.

—He pedido la palabra —dijo— porque me siento responsable de lo que ha sucedido… y de lo que pueda suceder. Bill Bannister fue capturado por un miembro de la policía bajo mis órdenes directas: el sargento Dick Maloney, de la Real Policía Montada del Canadá, federada a la Seguridad del Universo como las policías de todos los demás países.

En aquel momento todos recordaron al joven y valeroso. Dick Maloney, que dos años atrás se había convertido en un héroe casi universal por su hazaña de capturar al «Loco Bannister», a consecuencia de cuya captura fue mandado a la penitenciaría «N-2».

—Yo personalmente —prosiguió Mac Inner— identifiqué a Bannister ante el Tribunal que les juzgó. Todos estamos de acuerdo en que es imposible escapar de «N-2». Por lo tanto, si Bannister anda libre por cualquier punto del Universo he de suponer que no era él quien fue enviado a la penitenciaría, y por lo tanto yo…

—Usted no tiene ninguna responsabilidad, Mac Inner —interrumpió el jefe supremo —. Usted cumplió entonces honradamente. Y no fue usted solo quien le identificó. Bannister era muy conocido, y otras muchas personas admitieron que era él, pese a que lo negaba para desconcertar al Tribunal.

—Sin embargo —dijo Mac Inner—, si ahora Bannister anda suelto por el Universo…

—No estamos seguros de que sea ésta la realidad. Desde luego, la amenaza se ha producido. Bannister ha dicho que haría perder potencia al Sol y que nos privaría de su calor, que es lo mismo que condenarnos a una muerte cierta. Todo parece indicar que, efectivamente, era él quien hablaba. Así que…

El jefe supremo se interrumpió para atender a un teléfono visor instalado sobre su mesa presidencial. Para hacerlo se quitó el micrófono y los auriculares, por lo que la asamblea apenas si pudo captar alguna palabra suelta de lo que estaba diciendo. Sin embargo, todos vieron la enorme expresión de asombro que se reflejaba en su rostro, y se dieron cuenta de que insistía para hacerse confirmar la noticia.

Luego, el jefe supremo de la Seguridad Universal colgó el aparato, volvió a colocarse los auriculares y habló a la asamblea a través del micrófono.

—Señores —dijo—, la noticia es desconcertante. ¡De la penitenciaría «N-2» acaban de comunicarme, sin lugar a dudas, que Bill Bannister falleció de un ataque al corazón el 26 de julio de 2058, o sea hoy hace exactamente tres meses!

La noticia, desde luego, desconcertó a todos. Se reflejó el desconcierto en el sinfín de rumores que llegaron a la vez a todos los auriculares, procedentes de las exclamaciones que a un tiempo dejaban escapar todos los reunidos.

¡Bill Bannister, «El Loco Bannister», muerto! De esto, si lo había confirmado el penal, no cabía la menor duda. No era costumbre hacer pública la muerte de un reo en cumplimiento de condena, por lo que nada tenía de extraño que la de Bannister se hubiera callado, como todas las demás. El reo a Ingresar en el penal, perdía por completo su personaras civil y, desde aquel momento hasta el del cumplimiento de su condena, su nombre no podía figurar más que en los registros del establecimiento. Caso de fallecer, se daba cuenta a sus familiares con carácter rigurosamente privado.

Pero Bill Bannister no tenía familiares y su muerte no la supo nadie.

—Cabe suponer una cosa —sugirió Mac Inner cuando se hubo restablecido en parte la calma—: que Bannister se hubiera hecho pasar por muerto para así escapar…

—Su sugerencia no es admisible, Mac Inner —dijo el jefe supremo —. Ya conoce, usted, como todos, lo que se hace en las penitenciarías para evitar subterfugios. Se habían dado algunos pocos casos de reos que, mediante determinadas drogas, simulaban una muerte aparente que engañaba a los médicos, para luego ser desenterrados por cómplices suyos y recobrar así la libertad. Hoy en día los que fallecen en la penitenciaría son encerrados en una cámara especial hasta que se inicia el proceso de descomposición. Siento tener que entrar en detalles tan desagradables.

—Y en el caso de Bannister… —dijo Mac Inner.

—Acaban de informarme que en el caso Bannister la descomposición estaba plenamente iniciada cuando fue llevado al cementerio del establecimiento. Es más: por medio de los rayos especiales, que evitan la exhumación, se ha comprobado que el cuerpo de Bannister sigue en la tumba donde fue enterrado.

—Pero ¿era él?

—Su mismo rostro. Precisamente la descomposición había avanzado apenas en el rostro.

—Entonces ¿a qué viene esa interferencia? ¿Esa amenaza en nombre de Bill Bannister?

—Alguien se quiere hacer pasar por él, sin duda para crear un ambiente de gran pánico —explicó el jefe supremo—.

Supongo que será una suerte el que nos las tengamos que ver con un usurpador. ¡Porque la inteligencia de Bannister, desgraciadamente empleada al servicio del mal en estos últimos tiempos, era prodigiosa, señores!

—¿Y qué órdenes nos da usted?

—Las mismas que pensaba darles antes de conocer la muerte de Bannister, pero cambiando ahora al sujeto. Movilicen a todas las fuerzas de sus respectivas demarcaciones. Quizá ahora estemos más desconcertados porque no sabemos contra quién vamos a luchar. Pero sigue siendo una ventaja que Bannister no exista. ¡El enemigo, sea

quien sea, será siempre menos peligroso!

La reunión se prolongó todavía más de una hora. Intervinieron jefes de diversas naciones y, finalmente, cada uno de ellos regresó a su respectivo país, dispuesto a hacer abortar todo intento subversivo que se produjera en su demarcación y colaborar con la Policía Especial Interplanetaria para el caso de que el usurpador de la personalidad de Bill Bannister, como era muy probable, cambiase constantemente de país y de planeta.

Y mientras el jefe supremo iba a reunirse con el Consejo de Naciones para dar cuenta de la muerte efectiva de Bill Bannister, el jefe de la Policía Montada del Canadá, Mac Inner, emprendía el regreso a Ottawa, donde llegaba poco después a bordo de su avión-cohete particular.

Una vez en el edificio de la Jefatura Superior de! país, Mac Inner se dirigió a la cabina de controles, donde había comunicación con todos los destacamentos que dependían de allí.

—Que se mande buscar al sargento Dick Maloney —ordenó Mac Inner—. Necesito verle lo antes posible.

—Sí, señor —contestó el encargado de los controles, empezando a manipular en uno de ellos—. Al momento.

El sargento Dick Maloney prestaba servicio en la gran región del Noroeste, desde donde contestaron que estaba de patrulla por el territorio, pero que sería avisado en seguida por radio.

En efecto, Dick Maloney, a bordo de su helicóptero a chorro, patrullaba por encima de la inmensa región y era uno de los pocos habitantes del planeta que no habían conectado a actuación de los caricatos Strand y Wickers. Desconocía por lo tanto su final y la amenaza que en nombre de Bill Bannister se había formulado contra la Humanidad.

Dick Maloney, joven, atlético y deportista, era, sin embargo lo que se suele llamar «un hombre chapado a la antigua». Hacia uso de todas las ventajas técnicas que la civilización de a segunda mitad del siglo XXII había puesto a su disposición, pero, pese a ser un experto en su manejo, no les sentía cariño.

A Dick Maloney le gustaba que la Real Policía Montada del Noroeste hubiese conservado, dentro del corte de la época, a antigua guerrera roja galonada, clásica en el Cuerpo. El, por su gusto, hubiera ido aún montado a caballo como en los buenos tiempos, en vez de

estar tan cómodamente sentado en la cabina de mandos de su modernísimo aparato, aunque reconocía que con el actual medio de locomoción se facilitaba enormemente la persecución y captura de los malhechores.

Precisamente cada vez que pasaba por encima de aquella región donde volaba ahora recordaba con placer el puñetazo con que puso punto final a la carrera de Bill Bannister dos años antes, cuando el científico se disponía a hacer su «prueba» de volar la Tierra, pensando, claro está, en escapar a tiempo para refugiarse en cualquiera otro de los planetas. Porque Bannister había elegido aquella región, tan poco poblada como siempre, para colocar su artefacto, y esta elección había sido precisamente la causa de que interviniera Dick Maloney y, a despecho de todas las armas atómicas, tuviera la oportunidad de colocar su puñetazo de «los buenos tiempos», del que Bannister ya no despertó hasta verse casi ante el Tribunal que lo había de mandar a «N-2».

La cosa fue rápida.

Dick Maloney había estado en algunos planetas, pero en raras ocasiones. Tan sólo cuando había de seguir en ellos alguna pista iniciada en el Canadá y se lo imponía, por lo tanto, su profesión. El amaba por encima de todo su Noroeste —la parte del mundo donde había nacido— con sus montañas, sus ríos torrenciales, sus abetos y, si le gustaba por algo el helicóptero a chorro, sucesor en el Cuerpo del viejo caballo, era porque con él podía recorrer el país más pronto y verlo en mayor extensión y mejor perspectiva.

Su recorrido, en el servicio de patrulla que estaba realizando, lo llevó a las proximidades de un pequeño pueblo, todavía con casas de troncos, que, junto a un curso de agua, seguía siendo centro de cazadores de pieles.

Al ver aparecer las primeras casas en la pantalla de radar — de un radar que presentaba los objetos como vistos en televisión —, Dick Maloney sintió que el corazón se le ensanchaba. Si Dick Maloney no fuese un miembro de la Real Montada, habría querido ser, sin duda alguna, cazador de pieles. Y muchas veces, en sus horas libres de servicio, el joven sargento se había dedicado voluntariamente a ese deporte, ayudando a quienes tenían que practicar la caza por profesión.

Y mientras pensaba en esto fue cuando en la pantalla de radar apareció el gran helicóptero aparcado en la calle, casi a la entrada del pueblo. Un helicóptero a chorro de cinco plazas por lo menos. Y junto

al vehículo, de pie, un hombre empuñando una pistola automática, dando frente al interior del poblado, sin duda para impedir la intervención de sus habitantes y proteger la actuación de sus propios compinches.

¡Un atraco! Esto fue lo primero que pensó el sargento Dick Maloney al ver el helicóptero y al hombre que empuñaba la pisto a junto a él.

—Un atraco —murmuró—, Pero… ¿un atraco aquí? ¿Qué cantidad de dinero pueden buscar unos bandidos en ese pueblo, donde no hay bancos? No lo acabo de comprender…

Dick no lo acababa de comprender, pero instintivamente había pulsado ya los mandos de su aparato y lo dirigía al lugar donde estaba aparcado el otro helicóptero.

Pero el bandido centinela le había visto también llegar a él. Y volviéndose, al reconocer el distintivo de la Real Montada del vehículo de Dick, había empezado a disparar.

Dick actuó con la destreza que tantas veces le había salvado la vida. Dejó de ser el hombre que recordaba el casado con nostalgia, y ya toda su atención se centró en la despiadada lucha que acababa de iniciarse.

El helicóptero pasó a un tipo de velocidad muy superior al que había llevado hasta entonces. Se remontó como un vértigo para evitar los impactos de la pistola atómica, y se dispuso a contraatacar.

Sin embargo, los bandidos se habían movido a su vez. Seguramente que el centinela había avisado a sus compinches de la presencia del Montada, porque cuando Dick hizo dar la vuelta a su helicóptero para situarlo en posición de ataque en picado, el de los bandidos estaba ya empezando a remontarse. Y sus ametralladoras lanzaban ráfagas continuas de balas.

De nuevo tuvo que echar mano Dick a los mandos para modificar su posición. Las balas enemigas le pasaron por debajo, rozando casi su aparato, en el momento en que, veloz como un rayo, lo hacía remontar casi en vertical.

— ¡Maldición! —rugió el sargento en su cabina — , ¡Ahora esos granujas se aprovecharan para escapar a toda velocidad!

Pero no fue así. Los bandidos querían sin duda tener la seguridad de que el policía no había de perseguirles, y el único medio era

derribarle con su aparato. Por esto, cuando Dick recobró la horizontal se dio cuenta de que el helicóptero enemigo ascendía en dirección a él, vomitando balas por todas sus ametralladoras de detonador atómico.

Esto fue la perdición de quienes lo tripulaban. Porque Dick, aunque prefería un caballo, sabía manejar a la perfección los modernos helicópteros, más veloces y con mucha mayor movilidad que los primitivos cazas a chorro que parecieron el no va más de la ciencia en la segunda mitad del siglo anterior.

Mientras el aparato enemigo ascendía, Dick paró de repente todos sus mandos, y su helicóptero, atraído por la fuerza de gravedad, emprendió una vertiginosa caída hacia el suelo. Esto era mucho más rápido que hacerlo maniobrar y al mismo tiempo desbarataba al enemigo si se empeñaba en seguir persiguiéndole.

Y cuando su helicóptero estuvo a escasos metros del suelo, Dick lo volvió a hacer funcionar con la misma rapidez con que lo había parado. Emprendió la ascensión al mismo tiempo que el aparato enemigo se disponía a dar vuelta. En el punto de mira de Dick apareció la cola del otro helicóptero, con sus turbos reactores soltando enormes chorros de humo a causa del esfuerzo. Y entonces el sargento pulsó el disparador simultáneo de las ametralladoras.

Las balas, lanzadas de abajo arriba con gran fuerza perforadora, dieron de pleno en el blanco. Toda la popa del helicóptero de los bandidos resultó alcanzada. Los tubos reactores quedaron perforados por infinidad de sitios, y uno de ellos se desprendió, arrancado por completo. La forma deficiente como se movió a partir de entonces el aparato acusó los desperfectos sufridos.

Aquello significaba la victoria de Dick. Ahora tenía el aparato enemigo a su merced y, si lo consideraba conveniente podía dar muerte a sus ocupantes sin que éstos tuvieran la menor posibilidad de evitarlo.

Pero la misión del sargento Dick Maloney consistía en perseguir y capturar maleantes de toda especie, no en ejecutarlos. Ocasionalmente, en lucha con ellos, podía verse obligado a causar bajas; pero jamás disparaba cuando tenía a sus enemigos completamente a su merced.

Por lo tanto, les habló a través de la radio:

—Han perdido la batalla, amiguitos. Espero que se den cuenta y no tengan más ganas de hacer el tonto. Aterricen con cuidado. No

olviden que no les pierdo de vista.

No le contestaron. ¿Para qué? Las palabras de Dick se comentaban por sí solas, y la única respuesta posible era aterrizar y entregarse.

Así lo hicieron, mientras el helicóptero se mantenía en el aire, vigilante.

—Salgan todos, sin armas, y esperen fuera con los brazos en alto —les ordenó Dick por radio.

Y, a través de la pantalla del radar, vio salir primero a tres hombres y luego a una mujer. Al verla, Dick dio casi un salto en el asiento de la cabina.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. ¡Si es Molly Russell! ¡Molly! ¡De modo que no era un atraco, sino un secuestro! ¡Y nada menos que Molly la víctima del mismo! ¡Esto les va a costar un disgusto a esos tipos!

Sin duda alguna fue la presencia de Molly Russell entre los bandidos lo que hizo que el sargento Dick Maloney no tomara las precauciones que en otras circunstancias no habría olvidado. Segundos más tarde su helicóptero estaba aparcado junto al de los bandidos, y el sargento saltaba a tierra, empuñando una pistola.

CAPÍTULO II

Su descuido consistió en no haber previamente controlado por la pantalla el número de hombres que tripulaban el helicóptero de los bandidos. Al ver salir a tres, Dick Maloney pensó que eran todos. O, mejor dicho, no pensó absolutamente en nada, pues al ver a Molly todas sus ideas tomaron otro rumbo.

En el helicóptero había un cuarto hombre, que asomó rápido, al tiempo que Dick saltaba a tierra y mientras Molly gritaba, avisándole:

— ¡Cuidado, sargento! ¡Hay otro!

El aviso dio tiempo a Dick para agacharse cuando el bandido del helicóptero disparó. Pero no pudo replicar, porque el hombre saltó rápido a tierra también y buscó amparo inmediatamente tras el cuerpo de Molly.

Y, al mismo tiempo, porque lo otros tres, como fieras al acecho, se lanzaron sobre él, impidiéndole incorporarse. Uno le cayó brutalmente sobre los hombros, el otro se tiró a sus pies, para hacerle perder del todo el equilibrio, y el tercero le sujetó la muñeca intentando retorcérsela para obligarle a soltar el arma.

Todo esto fue lo que intentaron los tres granujas, pero no lo que consiguieron. Porque Dick Maloney era un hombre de la vieja escuela y sabía valerse por sí mismo, con su esfuerzo personal, sin ayuda de las armas atómicas.

Y se acabó de incorporar, a pesar de todo, llevando a cuestas al tipo que le cayó sobre los hombros. Al mismo tiempo, el que se situó a sus pies recibió un punterazo en la barbilla que le alzó en vilo y le hizo caer semidesnucado o desnucado del todo, a dos o tres pasos de distancia.

El que trató de retorcerle la muñeca fue él el retorcido, y de propina, además, Dick le administró un zurdazo también en el mentón que, si no lo dejó tan malparado como al otro, le faltó muy poco.

Quedaba sólo el que llevaba sobre los hombros. Para desprenderse de éste, Dick no tuvo que hacer más que un movimiento gimnástico, que lo volteó por encima de su cabeza y le hizo ir a parar a varios metros.

Todo había sucedido en escasos segundos, sin que apenas los que sufrieron las consecuencias de la reacción de Dick se diesen cuenta de nada. Y el sargento se vio libre de enemigos.

Aunque no del todo, pues quedaba el hombre que se había parapetado tras Molly. El sargento, empuñando su pistola, le miró.

—¡Salga de ahí, cobarde!

—No pienso hacerlo. La victoria es mía, pese al derroche de valor de que ha dado usted muestras. ¡Cuidado! ¡Tengo encañonada a esa chica!

—¡Rayos! ¿Se atreverá a hacerle algo?

—Lo haré si usted me obliga. No quiero llevar las cosas a un extremo desesperado para usted —dijo el bandido—. Podría intentar dispararle desde mi posición, pero sé que usted a su vez probaría suerte, pese a tener yo a la chica delante.

Dick no perdía de vista al bandido. Estaba seguro de que no intentaría nada sin que él lo advirtiese a tiempo; y si lo advertía su pistola no se quedaría muda.

—Soy un sargento de la Real Montada —replicó —. Quizá usted no se da cuenta de ello. No es costumbre en la Policía Montada pactar con los bandidos.

—¿Quiere entonces que muera esta muchacha?

Dick meditó unos momentos. Desde luego, si había tiros, era posible que el bandido sucumbiera, pero también era casi seguro que Molly sería la víctima principal. El era policía, cierto; pero no tenía derecho a sacrificar a la muchacha. Además… se trataba de Molly. Precisamente de Molly.

—¿Cuáles son sus condiciones? —preguntó.

—Que me deje marchar con mi helicóptero averiado. Todavía podré sacar algún rendimiento de sus reactores. Y, desde luego, me llevaré a mis compañeros.

—¿Y la señorita? —preguntó Dick.

—Sé que no permitiría usted que me la llevase, y sé también que cuando se establece un acuerdo algo hay que ceder. La señorita quedará con usted.

—¿Por qué vinieron a buscarla? ¿Qué se proponían hacer con ella?

—Estamos discutiendo un acuerdo —dijo el bandido—, no sometiéndome a mí a un interrogatorio. ¿Me da su palabra de que si le dejo a la chica usted me permitirá partir, llevándome a mis compañeros?

Aquello o la guerra. Una guerra que podía costar la vida a Molly, que le costaría, casi sin duda alguna, volvió a pensar Dick. Después de todo, la misión de un policía no era sacrificar a inocentes. Y si aquellos hombres se iban sin la chica objeto de su delito, su culpa era menor y Dick no quedaba tan malparado, puesto que, en definitiva, había impedido el secuestro.

—Le doy mi palabra —contestó—. Deje a la señorita y lárguese cuanto antes de aquí. Pienso olvidar su presencia hasta...

—Hasta que hayan pasado dos horas después de mi partida —concluyó el bandido—. Es el tiempo que necesito.

—Está bien —dijo Dick tras otros momentos de reflexión—. Lo haré así.

La palabra de un sargento de la Real Montada valía algo, incluso para la mentalidad de un bandido y en pleno siglo XXII. El hombre soltó a Molly, uno de cuyos brazos tenía aún cogido, se colgó la pistola del cinto y, sin preocuparse de la presencia del policía, se ocupó en recoger a sus inconscientes compañeros.

Molly fue hacia Dick.

—Lo siento, sargento —dijo—. Por mi culpa...

—He hecho lo que debía —cortó él —. No tenía derecho a permitir que pereciera usted sólo por la satisfacción de capturar a unos secuestradores, cuyo trabajo había fracasado ya.

—Es cierto —repuso Molly—. Y... yo no le he dado aún as gracias.

—¿Le parece bien que entremos en la tienda? —preguntó Dick pasando a otra cosa —. Creo que dentro podremos hablar con más comodidad.

Molly aceptó y pasó delante.

Molly Russell regentaba desde hacía poco más de un año, la

cantina del pequeño poblado, entendiéndose por cantina el local donde los habitantes de la región podían surtirse de cuanto les hiciera falta desde unos zapatos a una canoa con motor atómico, pasando por toda clase de provisiones y bebidas.

El legítimo dueño del establecimiento era Jim Russell, tío de Molly. Pero Jim no estaba ahora allí porque tiempo atrás, en una pelea en la que se dejó llevar por los nervios, dio muerte a un indio, habitante de la región. Fue un momento difícil para el sargento Dick Maloney el verse obligado a detener al tío de Molly. Pero la Ley era la Ley, y Dick tuvo que apechugar con el mal rato y llevar al hombre a los tribunales.

Pudo comprobarse que el indio había insultado a Jim, al discutir ambos el precio de cierta mercancía, y que incluso había hecho ademán de agredirle. Todo esto le valió al dueño de la cantina como atenuante, pero no se pudo librar de la condena de un año, que había de cumplir en la penitenciaría «N-2», el segundo satélite de Saturno. Desde entonces Molly se había quedado sola al frente del establecimiento, en espera del regreso de su tío.

—¿Sabe usted por qué se la llevaban?

—No tengo la menor idea —contestó ella — . No me explicaron nada. Se presentaron inesperadamente. Con sus armas, obligaron a volverse a meter en sus casas a los que asomaron al oír los reactores. Y mientras uno de ellos se quedaba fuera de guardia, los otros tres entraron y me ordenaron que les siguiera.

—Todo esto es muy extraño —comentó Dick, pensativo. Y repuso —: Si hubiesen intentado robar, habría una explicación...

Ella negó:

—No pensaban en robar. No hablaron de nada salvo de que me embarcara con ellos en el helicóptero. Luego, el de fuera llamó, advirtiendo la presencia de usted, y me forzaron a moverme con mayor apresuramiento. Claro que yo...

—¿Usted...? —dijo Dick—. ¿Quiere decir que usted sospecha algo?

—Temo que todo esto pueda tener cierta relación con mi tío.

—¿Su tío? —Dick tragó de pronto saliva, y luego repuso—: ¡Ah, es cierto! Su tío. Creo que..., creo que por estas fechas se cumplía...

—Por estas fechas terminaba su condena. Exactamente el quince

de septiembre último —concluyó ella la frase incompleta del sargento. Y dándose cuenta de su turbación, añadió —: No tiene usted que reprocharse nada, sargento. Sé que lo tuvo que hacer, y que, de no haberlo hecho usted, lo habría hecho otro.

Dick dio un pequeño suspiro de alivio. Luego fue a la cuestión.

—¿Dice que su tío fue..., salió del penal el quince del mes rasado?

—Así es. En aquella fecha se cumplía su año de condena.

—Entonces ¿cómo es que no ha venido aquí? ¿Le disgusta acaso vivir en la reglón después de... de lo que le sucedió?

—Quizás haya algo de esto, sargento —contestó Molly—, En realidad, no sé nada. Tío Jim vino aquí, desde luego, cuando salió del penal. Pero lo encontré muy cambiado. Muy hosco, en su forma de hablar. Antes no era así.

—¿De modo que vino a verla y se marchó luego?

—No estuvo aquí más que un par de horas. Dijo que se tenía que marchar a Ottawa para resolver algunas cosas. No me explicó qué. Aceptó con enorme frialdad mi abrazo.

—¡Caramba! Todo esto es muy raro —convino Dick—, ¿Y... no ha sabido de él desde entonces? ¿No le ha escrito?

—Vino otro día, aún más brusco que la primera vez. Me dijo que me fuera con él. Yo me resistí. Creo que me hubiera obligado, de no haberme negado yo rotundamente y haber alzado un poco la voz.

—¿Y desde entonces...?

—Desde entonces, hace quince días de esto, no le he visto más. Pero, ¡sargento, tengo que decirle la verdad! ¡Temo que mi tío se haya enredado con gente fuera de la Ley! ¡Tuve esta sensación desde el primer momento! ¡Oh, no tiene usted idea de lo cambiado que regresó del penal!

—¡Hum! —arrugó el ceño Dick; luego dijo—: Bien, señorita; si no le disgusta mi sugerencia, creo que lo mejor seria que viniese usted conmigo a la base para formalizar la denuncia contra los que han intentado secuestrarla.

Salieron los dos de la tienda, que Molly cuidó de cerrar con llave, puesto que nadie quedaba en ella. No habían transcurrido aún las dos horas que pidiera el bandido a Dick, pero como no salían en

persecución del helicóptero fugitivo, el sargento no consideró que quebrantase su palabra.

Ya en la cabina de su propio helicóptero, Dick advirtió que la radio estaba llamando. Dio la comunicación, y en la pantalla visora apareció el rostro de uno de sus compañeros, de servicio en la base.

—¿Dónde estabas, Dick? Hace cerca de media hora que estoy llamando.

—Pues... ¡ejem! Tuve que resolver un asunto —contestó Dick—. Ahora voy a partir hacia ahí para dar cuenta.

—No —cortó el de la base—. Dirígete a Ottawa con toda urgencia. «El Viejo» te quiere ver. Ha dado orden de que te presentes sin pérdida de tiempo.

En el siglo XXII «El Viejo» seguía siendo, en determinados cuerpos armados, el jefe supremo de los mismos.

—Está bien. Voy al momento. Corto.

Dick cortó con una mano, y con la otra tomó la palanca de despegue. El helicóptero soltó un chorro de humo por sus tubos reactores, y empezó a elevarse.

Entonces Dick se acordó de que llevaba una pasajera a bordo. Molly tenía que ir a la base con él, pero no estaba obligada a seguirle a Ottawa.

—¡Diablos! —exclamó Dick—, Creo que me he excedido un poco. ¡Pues no me la estoy llevando a usted!

Molly había presenciado la conversación de Dick con su compañero, y contestó;

—Si ha de aterrizar, perderá tiempo y tal vez sea urgente lo que le han de decir en Ottawa.

—Entonces ¿no le importa...?

—Voy a la capital de vez en cuando para hacer mis encargos. No importa que vaya ahora. Si usted no me puede devolver aquí, ya encontraré algún medio de locomoción.

Dick, por lo tanto, no disminuyó su marcha. Al contrario, la aceleró todo lo que pudo y, una hora más tarde, la enorme ciudad de Ottawa del siglo XXII, que muy poco tenía que ver con la de épocas

anteriores, apareció en la pantalla de radar de la cabina de Dick.

Dick se dirigió directamente a la terraza de la Jefatura, para aparcar allí, sin molestarse en contemplar la ciudad ni las obras cada vez más modernas que en ella se realizaban por todas partes. Como hombre reñido con aquel ambiente, todo aquello no le interesaba en absoluto.

Y fue después de haber aparcado, cuando él y Molly hubieron salido del helicóptero, cuando se convenció de que le estaban siguiendo. Cuando ya era demasiado tarde para presentar combate abierto.

Muchos eran los aparatos de todos los tipos que surcaban el cielo de la ciudad de un lugar a otro de la misma. Pero aquél, que Dick había visto ya a través del radar desde hacía algunos minutos, se dirigió tras ellos a la terraza de la Jefatura, y se lanzó de pronto en picado y con las ametralladoras en pleno funcionamiento. ¡Era un helicóptero armado, cosa que estaba absolutamente prohibida a cualquier vehículo no oficial!

—¡Vienen por nosotros! ¡Aprisa! ¡Aprisa! —gritó Dick.

Y empujó a Molly hacia la puerta de la salida a la terraza, para buscar refugio allí. Las balas rebotaron en el suelo blindado, casi bajo sus mismos pies.

Para apresurar más la marcha, Dick dio un empujón a Molly con tal violencia, que ambos fueron a caer al interior de la entrada. La cosa no pudo haberse realizado más a tiempo. El helicóptero pasaba en aquel momento por encima de la terraza, y desde la cabina lanzaron una pequeña granada que estalló estruendosamente, pero que no les causó ningún daño, porque ellos rodaban en aquel momento por el suelo del pequeño rellano frente a los ascensores.

Dick se levantó de un salto. Ni siquiera se entretuvo en ayudar a Molly. Corrió de nuevo hacia la terraza, mientras gritaba:

— ¡Volverán a pasar sin duda, para comprobar si nos han tumbado o no! ¡Levántese! ¡Yo voy a esperarles!

Salió como una exhalación. Esta vez no le cogerían desprevenido. Tenía su propio helicóptero aparcado en la terraza y, pese a la bomba, que había caído apartada del mismo, podría iniciar la persecución.

Pero una vez fuera cambió de idea. El aparato enemigo estaba algo lejos, pero daba vuelta para regresar a la terraza y comprobar,

como había pensado Dick, si su anterior ataque había dado resultado. Entonces el sargento pensó que si él se elevaba, sus enemigos rehuirían la lucha y emprenderían la fuga. En tal caso, sus probabilidades de alcanzarles no eran definitivas. Y Dick no quería dar ninguna oportunidad a unos individuos que se habían comportado como verdaderos asesinos.

Corrió a su helicóptero, pero no para ponerlo en marcha, sino para tomar una ametralladora portátil que tenía siempre en la cabina.

El aparato enemigo iba a realizar su segunda pasada. Iban a comprobar quienes lo tripulaban que en la terraza no había nadie. Y para verlo mejor, disminuyeron en gran parte su velocidad. Era lo que Dick estaba esperando.

Surgió rápido de su cabina, empuñando la ametralladora y disparando ya contra sus enemigos. En aquellas circunstancias, no podía haber cuartel. Los tripulantes del helicóptero pirata, al verle, volverían a la carga para completar una obra que antes les había fallado. Por lo tanto, la lucha tenía que ser esta vez a muerte. No había opción.

El aparato enemigo volaba tan bajo, que Dick oyó repiquetear las balas de sus ametralladora cuando perforaban la cabina y penetraban en ella. Soltó ráfaga tras ráfaga, con Decisión. Les había cogido de sorpresa y no les estaba dando tiempo a reaccionar.

Apenas si pudieron defenderse.

Las ametralladoras empezaron a soltar su carga, pero el helicóptero no se puso en situación de apuntar. Había sido algún movimiento reflejo de sus tripulantes, heridos ya de muerte por las balas de Dick, pero sin efectividad ninguna.

El helicóptero acabó de pasar por encima de la terraza, y Dick lo fue siguiendo, siempre en pleno fuego. Todo el cuerpo del aparato recibió las balas después de haberlas recibido la cabina. Era difícil que, en su interior, alguien hubiera resultado ileso.

Sin embargo, siguió volando, porque sus reactores funcionaban con normalidad. Pero ya no seguía una línea determinada por un mando inteligente. Continuó adelante, volando bajo, como cuando pasó sobre la terraza, siempre en línea recta, hasta que fue a chocar contra el flanco de un edificio más alto que la Jefatura.

Dick contempló el golpe desde donde estaba. Luego vio cómo el helicóptero se precipitaba hacia abajo, con la proa completamente

aplastada, y segundos después oyó el fuerte choque al estrellarse contra la calle.

Mientras, la terraza se había llenado de gente. Funcionarios de la Jefatura, y policías de servicio en ella también. Molly, a su vez, había vuelto a salir. Fue la primera en correr hacia Dick.

—¡Dios mío! ¿No le han herido, sargento?

—Gracias, Molly. —Dick, en su emoción, se olvidaba del tratamiento—, Gracias, estoy bien. He tenido que derribarles, no podía hacer otra cosa.

Explicó a sus compañeros de Cuerpo lo que había sucedido. Lo único que no se podía explicar era la causa del ataque, como antes ni él ni Molly se habían podido explicar el porqué del intento de secuestro.

—Creo que será mejor que no vaya usted de compras — dijo Dick a la joven—. El atentado iba dirigido contra usted tanto como contra mí, y por lo tanto necesita protección.

—¡Dios santo! Pero… ¿por qué? ¿A quién habré podido yo ofender para que me ocurra todo esto?

—Lo sabremos, Molly. —Definitivamente, lo de «señorita» había pasado a la historia —. Pero ahora usted se quedará aquí esperándome en uno de los vestíbulos. No quiero que corra ningún nuevo albur.

Minutos más tarde, mientras los agentes de servicio en la Jefatura salían para comprobar que en el helicóptero siniestrado no quedaba ningún superviviente, Molly aguardaba pacientemente en uno de los vestíbulos de la casa, y Dick entraba en el despacho particular del jefe, Mac Inner.

CAPÍTULO III

¿Qué sabe usted de Bill Bannister, sargento? —le espetó Mac Inner, apenas se hubo sentado, acatando la orden al otro lado de la mesa.

—¿Bill Bannister? —preguntó a su vez Dick—, Supongo que está cumpliendo condena en «N-2», ¿no es así? Era a perpetuidad…

—Estaba —dijo el jefe.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que ha escapado, señor? ¡Imposible!

—Hay un medio de escapar de «N-2» —dijo Mac Inner—. Por lo menos del penal, si no del satélite, es morirse.

—¿Cómo? —repitió Dick cada vez más extrañado y perplejo.

—Es el medio que ha seguido Bannister, según informaciones dignas de crédito. Ha muerto. Murió hace tres meses, para ser exactos. Sin embargo, pese a haber muerto, ha formulado una amenaza contra la Humanidad.

—¿Qué? — Dick pasaba de una pregunta a otra.

Era de los pocos que no se habían enterado de la amenaza de Bannister, y Mac Inner tuvo que ponerle al corriente de todo. Le refirió su interferencia en el programa cómico, la amenaza, y la subsiguiente reunión de altos poderes del gobierno del mundo. Y luego pasaron los dos a comentar la actitud del difunto Bannister y, sobre todo, su actuación de antes de ser capturado por Dick y enviado al penal.

—Estaba afectado de megalomanía aguda —dijo Mac Inner—, Había, desde luego, hecho grandes descubrimientos científicos. Pero esto no le daba derecho a nada, salvo al reconocimiento que todos le teníamos. Pero él empezó a querer más, mucho más. Fueron los primeros síntomas. Empezó a tratar con desprecio a sus compañeros; se consideraba muy por encima de todos ellos. Luego, al parecer, se puso a trabajar en secreto para poder, más adelante, amenazar de modo efectivo. Suponemos que se rodeó de un grupo de granujas, a sueldo, a los que despreciaba también, pero a quienes pagaba con esplendidez para que le ayudaran.

—Por cierto —dijo Dick—, que no fue posible capturar a ninguno de ellos.

—Esos hombres no representaban ningún peligro, desaparecido Bannister. Era él quien poseía todos los secretos. Lo más probable es que, después de la captura del jefe, la banda se disgregara.

—Entonces ¿quién ha amenazado esta vez? Si Bannister efectivamente ha muerto…

—Con toda seguridad, sargento. Ya le he contado la comprobación efectuada en el penal sobre el cadáver.

—Es consecuencia, ha de ser alguien que trabaje en su nombre. Algún discípulo aventajado. Creo que Bannister, ya en sus tiempos de sano juicio, había planeado ciertos rayos cósmicos que podían interceptar la luz del Sol…

—En efecto, pero no se le permitió trabajar en el proyecto, porque no se consideró aprovechable para nada bueno. Temo que el despecho que sufrió por esto pudo influir en su posterior megalomanía. Estos hombres que se creen imprescindibles son así. Recordamos en el pasado a los grandes tiranos como…

—Lo sé, jefe, lo sé —interrumpió Dick—. Yo no siento demasiado interés por la técnica, pero me creo obligado a estar al corriente de muchas cosas para poder cumplir mejor con mi deber. Recuerdo perfectamente en qué consistía el invento de Bannister. Se publicaron sus primeros artículos en los periódicos, y luego se prohibió su continuación. El aleaba que con su invento se podría prevenir cualquier ataque a nuestro Sistema Solar, procedente de cualquier Sistema exterior.

—Una fantasía —dijo Mac Inner—, No tenemos en qué basarnos para suponer la posibilidad de semejante ataque.

—En cualquier caso —repuso Dick—, se publicaron algunos esquemas. Eran unas grandes pantallas, especie de enormes paraguas invertidos, que emitían rayos neutralizadores. Claro que Bannister se callaba la forma de producir esos rayos. Luego, no supe más, porque se interrumpió la publicación de los artículos.

—Lo cual irritó tanto a Bannister, que aceleró su rompimiento con la autoridad organizada.

—Y finalmente —concluyó Dick—, cuando ya hubo declarado la guerra a la Humanidad, me cupo el honor de capturarlo en el

momento en que se disponía a perpetrar el primero de sus atentados. Me costó un poco, desde luego, raro desde que tuvimos la certeza de que operaba en el Canadá, no me di reposo hasta propinarle aquel puñetazo nada moderno, pero que hizo un efecto contundente. ¿Cree usted que ahora puedo hacer algo, señor?

—Por esto le he llamado, sargento. Si, contra toda lógica, Bannister estuviera vivo y fuera del penal, usted es la persona más indicada para perseguirle de nuevo. Y... hasta creo que él procuraría quitarle a usted de enmedio a tiempo.

Dick Maloney dio materialmente un salto en su silla.

—¡Diablos! —exclamó. Y luego, más calmado, repuso—: Perdone la incorrección, señor. Pero es que... es que ocurren cosas como si realmente Bannister volviera a hacer de las suyas por el mundo. Me refiero a esos atentados de los que ya le he dado cuenta...

—Me cuesta creer que Bannister viva, después de las comprobaciones efectuadas —dijo Mac Inner, tras unos momentos de reflexión—. No sé a qué obedecen esos atentados contra usted y contra aquella joven, que no creo tenga nada que ver con el asunto. Desde luego, conviene establecer una cosa: la alarma se produjo en el momento en que fue formulada la amenaza en nombre de Bannister. Luego, sabiendo que ha muerto, tenemos derecho a suponer que todo ha sido un «bluff». Que alguien ha querido reírse un poco. Una broma de mal gusto, en definitiva.

—Pero usted me mandó llamar después de saber que Bannister había muerto —objetó Dick.

—Sí. Sin duda quedaron en mí las impresiones desagradables. Y he querido, además, que supiera...

—Permita que no esté de acuerdo, señor —interrumpió el joven —. No ha sido eso. El que formuló la amenaza, Bannister o no, tuvo medios de interferir una emisión, cortando la voz de quien actuaba ante la pantalla para sustituirla por la suya propia, para que fuese captada por todos los receptores de la Tierra. ¿Quiere decirme cómo se puede hacer esto?

—Es cierto —contestó Mac Inner—. Nos encontramos ante una realidad indiscutible. Tiene usted razón, sargento, no podemos hablar de «bluff», puesto que no ha sido «bluff» la interferencia. Y sólo una inteligencia como la de Bannister puede conseguir el medio de hacer semejante cosa.

—Por lo tanto, la amenaza no es vana —repuso Dick—. Quien ha podido hacer una cosa demuestra estar en condiciones de hacer la otra, tanto más cuanto Bannister ya la había planeado. Déjeme recordar, señor. Aquel artículo… Si, creo que hablaba de la necesidad de situar las famosas pantallas cerca del Sol. Esto es lógico. Cuanto más cerca se coloque la barrera del foco emisor de luz, menos dispersada queda ésta y más fácil es interceptarla.

—En tal caso…

—En tal caso, las pantallas se instalarían en algunos de los planetas más cercanos al Sol. Venus o Mercurio, éste con más posibilidad. Es un planeta abandonado, donde resulta imposible establecer ninguna colonia fija. Con una mitad en las mismas narices del Sol, como frente a un horno, y la otra, la no iluminada, pareciendo estar sumergida en los hielos del Polo en pleno invierno. Y perdone mis comparaciones, pero yo no me sé expresar en términos científicos.

—Si fuera así, la cosa quedaría esta vez fuera de nuestra jurisdicción —dijo Mac Inner—, La Real Policía Montada del Noroeste no tiene nada que ver con lo que sucede en Mercurio.

Dick seguía pensando, y no contestó a la observación de su superior.

—De todos modos —repuso éste—, mientras no existan pruebas palpables de que se va a realizar…

—Me gustara encargarme de este caso, señor —dijo Dick, de pronto, sin demasiada conexión con lo que había dicho Mac Inner.

—¿Cómo? Pero si le estoy diciendo…

—¿Recuerda usted a aquel traficante de uranio al que perseguí y di captura en Marte? Fue un delito iniciado aquí, en el Canadá, pero que se salió luego de nuestra órbita y, sin embargo, fue dejado a nuestra jurisdicción. Después, tenemos también el caso de…

—Un momento, sargento —interrumpió Mac Inner—, Ahora no tenemos nada, salvo una amenaza. Yo he querido que lo supiera, porque a ella, por lo menos, va ligado el nombre de Bill Bannister. Pero de esto a que tengamos que ir a Mercurio…

—Una nave del Cuerpo, tripulada por media docena de muchachos a mis órdenes —dijo Dick. Se iba entusiasmando con la idea, pese a no ser un hombre del día —. No sería difícil calcular dónde más o menos han de estar colocadas las pantallas que

interceptan el Sol…

La idea no disgustaba demasiado a Mac Inner. En cierto aspecto, como jefe responsable de un Cuerpo de Policía, prefería tenérselas que haber con el menor número de compromisos posibles, pues cualquiera que tomara de otro aumentaba innecesariamente su propia responsabilidad. Sin embargo, aquello era algo distinto. Si la amenaza se llevaba a cabo, era toda la Tierra, todo el Sistema Solar el que sería perjudicado, y Mac Inner, en tal caso, no desechaba el luchar en primera línea. En este aspecto se sintió satisfecho por la sugerencia de su subordinado.

—Creo que debemos esperar a ver si todo esto tiene algo de realidad —dijo, tras unos momentos de reflexión —. El plazo no está lejos. Podemos esperar a mañana, sargento.

—¿Y si ocurre algo, señor?

—Tendré en cuenta su propuesta, Maloney —prometió el jefe —. Por ello le pido que no regrese a su base. Quédese en Ottawa hasta mañana, y venga a verme a primera hora.

Dick se levantó y estrechó la mano que el jefe le tendía. Luego se cuadró, saludó militarmente, y salió del despacho.

Molly Russell le seguía esperando en el vestíbulo donde él la había dejado. La joven le saludó, al verle llegar, pero no se consideró autorizada para preguntarle por los motivos de la entrevista.

—¿Vamos a emprender el regreso, sargento? —preguntó.

—Todavía no, Molly. ¿Tiene… tiene usted prisa en volver?

—Pues, no. En realidad, ahora no me sentiría segura allí.

Oh, no tiene idea de las cosas terribles que he estado pensando durante este rato! ¡Dios mío! ¿Quién puede tener algo contra mí?

—Estoy seguro de que al final lo sabremos, Molly —dijo él —. Sólo le ruego una cosa: permítame que continúe con mi papel de protector suyo, que he empezado ya a desempeñar.

—No sólo se lo permito, sino que se lo pido. ¿Qué puede hacer una pobre muchacha como yo para defenderse?

—Entonces, hoy se quedará en Ottawa. Buscaremos un hotel y nos instalaremos en habitaciones muy cercanas la una a la otra. Es necesario que yo esté cerca para acudir pronto en caso de peligro.

—De acuerdo —aceptó ella —. Pero, ¿es que se queda usted también?

—He recibido esta orden. No nos moveremos del hotel en el resto del día. Creo que, para despistar a posibles espías, es mejor que no utilicemos el helicóptero y tomemos el monorraíl, como dos ciudadanos cualesquiera. Yo puedo dejar mi uniforme, para no llamar la atención. Aquí, alguien me prestará ropas civiles...

El acuerdo se tomó con rapidez, y al poco rato Dick Maloney había cambiado su uniforme por un traje civil que le prestó un compañero de talla aproximada a la suya. Y a continuación, con Molly, tomó uno de los ascensores para trasladarse a la planta baja del edificio, y salir a la calle por su puerta principal.

Se colocaron en la acera movible, que les llevaría a la esquina, donde estaba uno de los accesos al monorraíl. No transitaba demasiada gente a aquella hora. Llegados a la esquina, se hicieron a un lado, saltando de la acera movible, y se dispusieron a cruzar la calle por el paso señalado, para dirigirse al acceso al monorraíl. Fue entonces cuando Molly soltó una exclamación:

—¡Tío Jim!

Jim Russell, el tío de Molly, estaba en aquel momento cruzando la calle en dirección opuesta a ellos. Era imposible no encontrarse.

—¡Tío Jim! —repitió Molly, y no se movió, esperando a que su tío acabase de cruzar.

Dick no se sintió muy entusiasmado por el encuentro, pero se dispuso a salir de la situación lo mejor posible. El era quien había detenido a Jim Russell un año antes, cumpliendo con su deber, desde luego, pero estaba convencido de que al tío de Molly no le gustaría verle y saludarle.

Jim Russell acabó de cruzar y se detuvo en la esquina, frente a la pareja. Ignoró por completo la presencia de Dick, y dirigió la palabra a la muchacha. No se le veía nada contento.

—¿Qué haces en Ottawa, Molly? ¿Has abandonado el pueblo y la tienda?

—He tenido que venir, tío. Me han ocurrido algunas cosas. Precisamente...

Jim Russell no la dejó concluir. Dijo, cortando:

—Bien, sea lo que sea, puesto que estás aquí, vas a venir conmigo.

—No, tío. Eso, no. Yo, lo que quiero, es que usted…

—¡Soy tu único pariente y tengo el derecho y el deber de cuidar de ti, Molly! ¡Soy hermano de tu difunto padre, y no quiero que vivas sola y desamparada en aquellas montañas! ¡Vas a venir…!

—No, tío —repitió Molly—. Siento contradecirle. ¡Dios mío, qué cambiado ha vuelto usted…!

En el rostro de Jim Russell se estaba dibujando una mueca desagradable. Se notaba que al hombre le irritaba en gran manera el verse contradecido. Cogió a Molly por un brazo y exclamó:

—¡Basta de caprichos de niña tonta, Molly! ¡Te digo que vas a venir conmigo, y tengo derecho…!

Dick, que hasta aquel momento había estado contemplando la escena pasivamente, incluso un poco separado de tío y sobrina, consideró llegado el momento de intervenir. Avanzó un paso y dijo, dirigiéndose a Jim Russell:

—Perdón, señor Russell. Me temo que cualquier derecho de tutoría sobre su sobrina ha caducado ya. Molly pasa de los veintiún años y…

—¿Quién le autoriza a usted a meterse en esto? —gritó Jim Russell, lanzando una mirada furiosa contra Dick—, ¡Retírese! ¡Apártese de aquí, o…!

—¿O qué, señor Russell?

Jim Russell era un hombre que debía de rondar los cincuenta años, pero se conservaba en plenitud de fuerzas y era bastante corpulento. No contestó a Dick con palabras, sino con hechos. Antes que el joven pudiera evitarlo, recibió un puñetazo en plena cara.

—Esto, por… —murmuró Jim Russell, pero no acabó la frase.

A Dick no le cupo duda lo que quería significar. Por haberle detenido un año antes. El golpe le había hecho retroceder un par de pasos, pero los recuperó, avanzando de nuevo, y poniéndose en guardia.

—Señor Russell —dijo —, no me gustaría tener que actuar violentamente contra usted.

Pero Jim Russell no estaba por escuchar advertencias. Avanzó, agresivo, y tiró otro golpe. Esta vez no cogió desprevenido a Dick, que lo paró con los brazos.

—¡Señor Russell, le advierto...!

Jim Russell volvió al ataque. No un golpe, sino varios, que Dick apenas si pudo contener. El joven se estaba limitando a mantenerse a la defensiva. Con los brazos iba desviando los golpes de su adversario, pero éstos no cesaban, y la situación no se podía prolongar.

Molly, llorosa, se había puesto a gritar:

—¡Tío, tío! ¡Oh! ¡Por favor!

Algunas personas que transitaban por la acera movible se habían detenido a prudencial distancia, sorprendidas por la situación. Y Jim Russell estaba cada vez más furioso.

Con el propósito de impedir que la situación se prolongase, Molly se acercó a Jim Russell y le cogió de un brazo, tratando de contenerle.

—¡Por Dios, tío! Pero ¿no comprende usted? ¡Oh, Dios mío! ¡Cómo ha cambiado!

Jim Russell la rechazó de un violento empujón, que hizo retroceder a la joven y casi le hizo perder el equilibrio. Molly soltó un grito.

Entonces, Dick ya no se pudo contener más. Su actitud defensiva no le serviría de nada, y por otra parte, aquello ya estaba durando demasiado. Avanzó decidido hacia Jim Russell.

—¿Se decide de una vez a dejarla en paz, señor Russell?

El tío de Molly, en vez de contestar, trató de alcanzar a Dick de un puñetazo. El joven lo detuvo una vez más con los brazos, pero ahora no se conformó con esto. Hubo réplica. Y la réplica consistió en un soberbio directo muy «siglo XX», que casi alzó en vilo a Jim Russell, lo hizo retroceder tambaleándose, tres o cuatro pasos, y acabó haciéndole caer de espaldas en mitad de la calzada.

Molly, llorando, corrió en auxilio de su tío. Dick se quiso excusar ante la joven, tratando de hacerle comprender que había tenido que actuar forzado por las circunstancias, pero no tuvo tiempo de hacerlo. No lo tuvo, porque entonces empezó a ocurrir algo.

Cerca de la esquina, al otro lado de la calle, había un coche

aparcado. Esto, de por sí, no era nada anormal. No todos los habitantes de Ottawa usaban el helicóptero en sus desplazamientos por el interior de la gran ciudad, y, como en épocas anteriores, era corriente ver automóviles aparcados en las calles.

Pero de aquél salieron tres hombres armados con pistolas re disparo atómico, y emprendieron la carrera hacia Dick, con evidente intención de hacerlas funcionar. Tal vez no dispararon desde el interior del coche porque Jim Russell, a medio incorporar y Molly, agachada para ayudarle, cerraban la trayectoria del tiro.

La gente que se había estacionado, al ver las armas, desapareció con toda rapidez. Y Dick corrió también. No para huir, sino para buscar una situación desde la cual poder hacer frente con ventaja a sus enemigos. No sabía el motivo de la inesperada aparición de aquellos hombres, pero había si do ya víctima de otros atentados y no le cupo duda de que aquél era uno más de la serie.

Encontró un portal y se metió en él como una exhalación, cuando ya las primeras balas soltadas por sus enemigos repiqueteaban en la pared inmediata a la casa. Dick no iba del todo desarmado. Con su uniforme había dejado la voluminosa pistola de reglamento, pero en sus ropas de paisano llevaba una, de menor calibre, pero no menos eficaz. Y tardó muy poco en tenerla en la mano.

Sus enemigos, al verle huir, habían supuesto sin duda que estaba por completo desarmado, y esto fue su gran error. Porque cogieron confianza y no se cuidaron de adoptar ninguna precaución defensiva. Cuando Dick asomó la cabeza .junto al portal corrían los tres casi uno al lado del otro y ofrecían un magnífico blanco.

Los tres granujas, al verle, levantaron sus respectivas Pistolas, dispuestos a dejar allí tumbado al sargento de la Montada. Pero del arma de éste empezaron a brotar balas. Y uno de los hombres, el que iba algo más adelantado, se dobló sobre sí mismo, cayendo luego para no levantarse más. Segundos más tarde, la acera movediza pasaba su cadáver por delante mismo de Dick.

Pero éste no se había propuesto entretenerse en contemplar su transporte. La pequeña pistola siguió soltando balas, y otro de los rufianes fue alcanzado en el brazo derecho, y tuvo que soltar el arma que se disponía a manejar. El hombre, soltando una maldición al mismo tiempo que la pistola, dio media vuelta y emprendió vergonzosa fuga, seguido por su compañero, que no tuvo ya el menor interés en probar suerte.

Dick Maloney era un hombre de honor, que no disparaba jamás contra heridos ni gente que le volviera la espalda, por muy bandidos que fuesen éstos. Al no ver ya en peligro su vida, dejó de disparar y emprendió la carrera tras los fugitivos.

Estos se dirigían al coche, y habían alcanzado ya la esquina y se disponían a cruzar la calzada cuando Dick empezó a correr. El policía, sin embargo, los hubiera alcanzado a tiempo de no haber sido por las señales de circulación, que impedían el paso. Cambiaron éstas en el preciso momento en que los dos bandidos se hallaban en el centro de la calzada y Dick se disponía a cruzarla pero aún no había dejado la acera.

Para los dos hombres pudo más el miedo a Dick que el peligro a que se exponían al sortear la circulación, y acabaron de cruzar. El sargento no pudo hacerlo, pero ya muchos vehículos se habían lanzado en ambas direcciones, por la ancha pista, cerrando el paso de modo definitivo.

No podía hacer nada.

Era inútil perder el tiempo disparando contra los neumáticos blindados de la época. Dick, desde el bordillo, al no querer disparar contra los cuerpos de los dos hombres, tuvo que contemplar cómo se metían rápidos en el coche y éste desaparecía a toda velocidad.

Se encogió de hombros.

De nuevo se habían congregado algunas personas, ahora que el peligro había desaparecido, y algo lejos, varios hombres con el uniforme de la Montada salían de la Jefatura General, advertidos sin duda por algún transeúnte de lo que cedía en las inmediaciones.

Pronto estuvieron a su lado y empezaron a lloverle las preguntas excitadas.

Pero era tarde ya. Dick explicó lo ocurrido a sus compañeros, y luego se puso a buscar a Molly entre la gente que se había estacionado.

Fue inútil. Molly no estaba allí. En el curso de los breves minutos que había durado la lucha, Molly Russell y su tío Jim habían desaparecido de la escena. ¡Como si la tierra se los hubiese tragado!

CAPÍTULO IV

Al día siguiente empezaron a ocurrir cosas extraordinarias. En todos los rincones, entonces superpoblados, de la Tierra, la gente recordaba la amenaza que el día antes había sido formulada por Bill Bannister o por la persona que usurpaba su nombre. En definitiva, la persona importaba bastante menos que el hecho en sí. Y el hecho se produjo.

El sol asomó por el horizonte con la misma luminosidad que de costumbre, y calentando la Tierra con la misma fuerza que de ordinario. Pero, inesperadamente, a las nueve de la mañana, hora de la costa Este americana, el calor empezó a perder intensidad. Desde luego, no se trataba de un eclipse: la luz era exactamente la misma y, en ese sentido, el fenómeno no producía la menor alteración. Pero el calor empezó a disminuir, de tal forma que no se notaba la menor diferencia estando al sol o estando a la sombra.

Para estos efectos, para efectos del calor, dio la sensación de que repentinamente se había vuelto a la noche. A una fresca noche de finales de octubre, que obligó a la gente a exhibirse con ropas de abrigo todavía no propias de la temporada y encender la calefacción atómica en el interior de los edificios.

Pero esto no fue más que el comienzo. Al mediodía, pese a seguir brillando el Sol con toda su intensidad, el clima, el medio ambiente, parecía haber avanzado de pronto, en poquísimas horas, un mes o dos.

Y de todas partes del globo empezaron a llegar noticias dando cuenta de lo mismo. ¡El Sol había dejado de calentar! ¡Algo que no quitaba intensidad a su luz, algo que no le oscurecía lo más mínimo, robaba, sin embargo, toda fuerza a sus rayos y estaba empezando a convertir el ambiente general de la Tierra en el de pleno invierno! ¡La amenaza de Bill Bannister se estaba empezando a cumplir!

Las noticias se difundían entonces con rapidez instantánea, y a primeras horas de la tarde se supo que algunos mares, lagos y ríos habían anticipado la época del hielo, y que se habían empezado a helar sectores de la Tierra donde el clima no había sido jamás tan riguroso. Y aquello no era más que el principio. No era más que el resultado de las primeras horas de falta de calor solar, cuando el globo terrestre se beneficiaba aún del calor recibido con normalidad hasta

aquel momento.

Pero ¿qué pasaría al cabo de horas, de días o de semanas en semejante situación? ¡La Tierra no podía vivir sin el calor del astro que lo era todo para ella! ¡Si aquello duraba, la superficie del planeta se convertiría por entero en un inmenso campo de hielo, con temperaturas bajísimas al helarse la atmósfera, que harían imposible la continuación de cualquier tipo de existencia!

El pánico comenzó a cundir entre la Humanidad. Los que disponían de astronaves particulares, aquel mismo día emprendieron la marcha hacia otros planetas, especialmente nacía las nutridas colonias terrestres de Marte, en busca de un calor que en la Tierra se les negaba.

Se produjeron incidentes. En algunos astropuertos aparecieron multitudes menos afortunadas y quisieron apoderarse de las grandes naves de transporte para huir también. Hubo lucha. Los guardianes de algunos terrenos fueron desbordados por la multitud, la cual peleó luego entre sí para conseguir sitio en las naves, insuficientes para todos. Esto, en medio de un frío glacial, que iba cada vez en aumento.

Fue necesario movilizar todas las fuerzas de policía disponibles, y en algunas regiones se produjeron choques especialmente sangrientos. La gente, acostumbrada a las grandes comodidades técnicas, soportaba con menos facilidad su tribulación y exigía responsabilidades sin saber a quién.

El Gobierno del Universo tuvo que reunirse de nuevo con urgencia y con carácter permanente para hacer frente a la situación. ¿Hacer frente a la situación? ¿De qué modo? Ahí estaba el gran problema sin respuesta, mientras la población de la Tierra clamaba, exigiendo una rápida solución.

El problema adquirió caracteres más graves cuando los que habían huido de la Tierra regresaron. La cortina que privaba el paso al calor del Sol no se limitaba a hacerlo exclusivamente a la Tierra, sino que los demás planetas se veían también afectados por el frío y en condiciones aún mucho peores. La única medida, de momento, era refugiarse en los domicilios particulares y ampararse al calor de las centrales atómicas que lo inundaban todo con su calefacción. Pero esto no podía ser más que una medida provisional. La solución, la gran solución estaba sin encontrar.

Aquella noche la televisión fue nuevamente interceptada cuando se emitía el último boletín de noticias del día, retransmitido por todas

las subemisoras de la Tierra.

— ¡Habla Bill Bannister! —dijo una voz, pues tampoco apareció imagen en esta ocasión—. ¡Habla Bill Bannister para recordaros que no ha amenazado en vano! ¡Os he privado del calor del Sol, y os puedo privar de su luz si me lo propongo! ¡La Tierra, los planetas, todo el Sistema Solar está en mis manos y bajo mi control! ¡Soy el más fuerte y por eso tengo derecho a ser el amo! ¡Sin embargo, os di un plazo y lo mantengo! ¡Lo de hoy no ha sido más que una demostración! ¡Cuando expire el plazo, el frío, el terrible frío, se apoderará del Sistema Solar a menos que se reconozca mi poder y se me entregue el mando! ¡Acordaos de lo que os ha dicho Bill Bannister!

Después de esto, la interferencia desapareció y se pudo continuar la emisión normal.

Bill Bannister, o quien fuese, había hecho una demostración más de poder. Después de aquellas palabras se podía suponer que a partir del día siguiente el frío cesaría, reanudándose la recepción normal de calor solar. Pero Bill Bannister había concedido un mes. ¿Qué pasaría si transcurrido el plazo no se le daba el poder absoluto, dictatorial, que reclamaba?

De hecho, Bill Bannister había concedido el mes para que la gente exigiera la capitulación a su Gobierno. No se trataba de hacer frente a una invasión ante la cual sería posible luchar con heroísmo. Bill Bannister no poseía ningún Ejército, pero sus armas eran tan poderosas que no lo necesitaba. ¡Con sus armas, sin arriesgar nada, le bastaba para acabar en muy poco tiempo con la vida de la Tierra y de todos los planetas! Tal era la alternativa en que Bill Bannister había puesto a la atribulada Humanidad.

Pero ¿se podía dar el Gobierno a un loco? Esta era la otra alternativa. La que se le ofrecía al Gobierno Universal, y con él a todas las personas sensatas que vivían en el globo o las colonias extraterrestres.

Una de estas personas sensatas era el sargento Dick Maloney de la Real Policía Montada del Noroeste. Dick había hablado aquella mañana con su jefe superior, Mac Inner, desde el propio hotel donde se alojaba, mediante el teléfono visor.

—¿Qué me dice usted, señor? Parece que la cosa ha empezado ya.

—Sí, Dick. Ahora no se trata ya de suposiciones. El enemigo, sea quien sea, está atacando y parece que dispone de fuerza para incrementar su acción.

—¿Qué me dice del plan que le presenté ayer, señor?

—¿Quiere decir su expedición a… uno de esos planetas?

—Exacto, señor —dijo Dick Maloney—. En realidad, la cosa se está poniendo relativamente fácil. El enemigo, con su forma de actuar pone al descubierto su punto flaco.

—¿Qué? No le comprendo.

—Permita que vaya a visitarle, señor. Por teléfono prefiero no entrar en excesivos detalles.

—Le espero en mi despacho, sargento.

Poco después, Dick estaba en el monorraíl, que había de dejarle en la esquina próxima a la Jefatura Superior del Cuerpo. Vestía ahora de uniforme y llevaba al cinto la pistola reglamentaria. Ya no tenía necesidad de disimular ante nadie, pues, por desgracia, no le había sido posible localizar el paradero de Molly.

Pocos minutos más tarde, Dick Maloney se hallaba de nuevo en el despacho de su jefe, conferenciando con él.

—¿Qué ha querido significar, al decirme que el enemigo ponía al descubierto su punto flaco?

—Muy fácil, señor. Ya le dije que, según mi opinión, las famosas pantallas obstacularizadoras se tendrían que poner en un sitio muy cercano al Sol, entre éste y la Tierra. Pues bien, la cosa no puede estar más clara. Entre la Tierra y el Sol no hay más que dos planetas. Si Venus está frío, no cabe ninguna duda de que las pantallas han sido instaladas en Mercurio, el planeta más próximo al Sol.

—Pues, es cierto —dijo Mac Inner, pensativo —. Expondré esta sencilla teoría al jefe supremo de Seguridad.

—Quizá ya la hayan adivinado, señor —repuso Dick con modestia —. Después de todo, no se trata más que de una deducción lógica y sin mérito alguno. Por mi parte, sólo pido una cosa, señor.

—¿Qué es ello, sargento?

—Que se me permita comprobar si tengo razón. Le hablé de una nave y de un destacamento para tripularla…

Al principio, a Mac Inner pareció que la cosa no le gustaba. Pero luego, poco a poco, se fue entusiasmado con la idea.

—Después de todo, se trata de una amenaza formulada en nombre de Bannister —dijo—. Y Bannister es un personaje que cae dentro de nuestra jurisdicción.

—Yo fui quien lo capturó —repuso Dick—. Tenemos derecho a comprobar si efectivamente ha muerto, por muchas que sean las seguridades que a este respecto nos dan desde «N-2».

—Es cierto, sargento. Además, como nuestra acción será independiente de la que se pueda tomar con carácter oficial, ésta servirá para distraer la atención y dará a la nuestra más facilidad de movimiento.

—Entonces...

—Entonces, de acuerdo con mis facultades, le autorizo para que tripule una de las astronaves del Cuerpo y se lleve un pequeño grupo de voluntarios con usted.

—Gracias, señor.

Y Dick Maloney abandonó el despacho de su jefe. Poco después estaba a bordo de su helicóptero de servicio, que seguía aparcado en la terraza del edificio, y un par de horas más tarde se hallaba en la base de las montañas, donde esperaba encontrar los seis voluntarios que necesitaba para lanzarse al espacio, en dirección a los planetas interiores.

Mientras, se había reunido el Gran Consejo de Gobiernos para determinar la actitud que se había de adoptar frente a Bannister II, como se llamaba ya el autor del enfriamiento del Sol, puesto que en la convicción de todos estaba que el primer Bannister, el auténtico, había muerto en la penitenciaría hacía muy poco tiempo.

Muchos de los reunidos eran partidarios de tomar medidas drásticas contra el personaje. Pero otros, más cautos, consideraban que, dada la fuerza que había manifestado poseer, no era prudente irritarle y se consideraban partidarios de establecer contacto con él.

—Nada se pierde en parlamentar con un rebelde —opinaba uno de los representantes—. A nada compromete llamarle a nuestro lado para escuchar sus pretensiones, y se pueden ahorrar con ello muchas vidas.

—Sus pretensiones no pueden ser más claras —replicaba otro —. Quiere el mando absoluto. El dominio total del Universo, y posee fuerza para conseguirlo. Nos exigirá una rendición incondicional.

Además, si le mandamos llamar, le reconocemos beligerancia y demostramos que nuestras posibilidades de vencerle son nulas.

La discusión amenazaba con durar horas enteras sin que se llegara a un acuerdo. Las opiniones se iban nivelando, y mientras unos se mostraban partidarios de transigir como mal menor, otros creían que se había de atacar al enemigo con todos los medios disponibles, pero sin saber en realidad dónde se ocultaba el enemigo ni cuáles eran los medios que se había de emplear para atacarle.

Porque una cosa era evidente. Si se preparaba alguna escuadra interplanetaria para ir en busca de la base de Bannister II, éste tendría sin duda montado un servicio de espionaje que le informaría de la acción y, con menos duda aún, medios para hacerla fracasar.

—¿Quién nos dice que Bannister II no dispone de un sistema para paralizar nuestras naves en pleno espacio, con lo que lo único que conseguiremos organizando fuerzas será mandar centenares de hombres a una muerte cierta?

Y se continuó sin saber qué hacer. Mac Inner, que asistía a la sesión en concepto de observador, dada su condición de jefe de un grupo de fuerzas policíacas, se alegró de haber aceptado la sugerencia de Dick Maloney y haberle permitido emprender su acción particular. Lo que exigían las circunstancias eran menos discusiones y más rapidez de acción.

Dick tenía ya a sus voluntarios a bordo. No le había costado mucho trabajo hacerse con ellos, pues en el destacamento casi todos se empeñaron en acompañarle y Dick tuvo que hacerles comprender que le bastaba media docena para tripular la nave y hacer frente a la lucha que se podía presentar una vez entrados en acción.

Y no tuvo más que elegir. Se quedó, en primer lugar, con el cabo Jack Foster, al que nombró segundo jefe de la expedición. Luego, a cinco valientes muchachos del cuerpo, con los que había trabajado en diversas circunstancias y de los que estaba seguro de poderse fiar. Rommy Oates, radiotelegrafista; Charlie Breen y Frank Coutts, servidores de los pequeños cañones atómicos de la nave; Christian Gardner, bombardero, y Alex Taylor, buen mecánico y capaz de arreglar sobre la marcha cualquier avería no tan sólo en la nave sino en cualquiera de los aparatos auxiliares instalados en la misma. Además, cada uno de los seis hombres era apto para enfrentarse con el enemigo con las armas en la mano, sin que se arredrase ante la superioridad numérica de éste, caso de existir.

Los seis hombres estaban en la cabina de mando, junto con Dick Maloney, vistiendo todos sus trajes especiales propios para el espacio, con los distintivos del cuerpo, y con los cascos escafandras al alcance de la mano para el caso de que se tuvieran que emplear con rapidez.

Eran aproximadamente las siete de la tarde y había oscurecido ya. El frío se mantenía intensísimo en el exterior, aunque dentro de la nave no se notaba en absoluto. Dick acababa de hablar con Mac Inner, y, cogido a las palancas de los mandos, se disponía a emprender el vuelo.

Dio una última mirada a sus hombres, comprobando que todos estaban dispuestos para la marcha.

—Bien, ¿alguno de vosotros se arrepiente? Si es así, puede aún quedarse.

Nadie contestó, pero las miradas que le dirigieron los seis hombres parecían otras tantas puñaladas, Dick soltó la carcajada.

—De acuerdo, pues —continuó Dick—, Vamos a elevarnos. ¡Es el momento, amigos! ¡Decid adiós a la Tierra!

Y su mano derecha, impulsando una de las palancas, la hizo inclinar hacia abajo.

No se había dado ninguna solemnidad al acto. En el exterior no había más que los hombres ordinarios de servicio, con sus uniformes de riguroso invierno, y fueron éstos los que presenciaron el alzamiento de la nave.

Se elevó ésta mediante sus tubos reactores, que soltaron sus potentes chorros de humo, y la nave tardó muy poco en perderse en el espacio, veloz como una exhalación. Segundos más tarde, fuera ya de la atmósfera terrestre, la reacción a chorro sería sustituida por energía atómica que impulsaría a la nave a través del espacio a una velocidad mucho mayor.

El viaje hasta Venus tardaría menos de veinticuatro horas a aquella velocidad; y antes que hubieran transcurrido otras veinticuatro, la astronave había transportado ya a sus siete tripulantes a la altura del planeta Mercurio.

Todo se realizó según el plan previsto. La marcha de una solitaria nave, aunque llevase los distintivos de la Policía Montada, no era para llamar la atención de nadie, ni tampoco para asustar a nadie caso de haber llamado la atención.

Ni aunque algún posible espía pudiera delatarles.

Bill Bannister II no ¡ría a pensar que desde la Tierra le mandasen a luchar contra él a un elemento tan débil de combate, cuando el peligro en que él había sumido a la Humanidad era tan grande. Una nave era muy poca cosa, y el menor percance, que la podía inutilizar, volvía a dejar la situación como antes de haber emprendido la marcha.

Sin embargo, la nave, una vez fuera de la órbita terrestre tomó directamente la ruta de los planetas interiores —Venus y Mercurio—, ruta que no era normal en las naves que establecían la comunicación entre la Tierra y sus colonias planetarias. Porque Venus y Mercurio, considerados como planetas excesivamente cercanos al Sol, no eran tenidos por habitables y no se habían establecido colonias en ellos.

Algunas veces, circunstancialmente, estos dos planetas, especialmente Venus, habían sido tomados como base por grupos de piratas del espacio que, como sus colegas del pasado en los siete mares del globo, se dedicaban a asaltar a las grandes naves mercantes, las que ahora surcaban no el mar sino el espacio, y que llevaban a la Tierra valiosas mercancías, especialmente uranio, elemento número uno en la energía atómica.

Pero ni últimamente se había oído hablar de piratas del espacio, ni era costumbre mandar contra ellos una sola nave, sino toda una expedición que los aniquilase en breve espacio de tiempo. Por lo tanto, si alguien les había espiado al salir, si alguien recelada a causa de ello, al verles tomar la ruta de los planetas interiores había de sospechar que se dirigían al cumplimiento de una misión especial.

Desde el interior, desde la cabina de mandos, los siete expedicionarios no observaron absolutamente nada. Ningún peligro parecía amenazarles, y dentro del tiempo previsto se situaron dentro de la órbita de atracción del planeta Venus.

—Primera etapa cubierta sin novedad —dio Dick satisfecho—, Aterrizaremos en Venus y nos pondremos en contacto con el jefe.

Movió las palancas de atenuación de velocidad para el descenso. Ahora no se trataba de correr, sino de neutralizar la gravedad del planeta.

—Observa con atención, Oates —ordenó Dick al telegrafista—. Hay que buscar un sitio adecuado para posar la nave.

—Sí, sargento —contestó el aludido—. Hay una capa de nubes

que me impide ver la superficie. Una vez la hayamos cruzado me será más fácil ver lo que hay debajo.

Venus era un planeta con atmósfera bastante densa, pero falto de vegetación. Su superficie la constituían enormes peñascales, altas montañas de roca viva, y extensos desiertos. Su elevada temperatura hacía imposible la vida en él y evaporaba al momento el menor vestigio de agua.

Dick fue descendiendo con cuidado.

—¿Puedes ver algo ya, Oates?

—Sí, sargento. Creo que... Pero ¡están llamando! ¡Alguien pretende comunicar con nosotros!

Dick se extrañó.

—¡Caramba! ¡A menos que sea el jefe, que se haya anticipado! ¡Atiende, Oates!

Oates manipuló en los mandos de la radio y prestó atención a la pantalla. En ésta no apareció ninguna imagen, pero, en cambio, pudo oírse una voz que todos escucharon:

—No aterricen en Venus, señores policías. Es peligroso para ustedes. Un buen consejo: regresen a la Tierra cuanto antes.

—¿Eh? —la exclamación partió de los labios de Dick.

Se acercó rápido a la pantalla, para contestar:

—¿Quién es usted y qué pretende? ¿Desde dónde habla?

Dick oyó una carcajada como respuesta a sus palabras. Y él, a su vez, replicó con una orden:

—¡Todos preparados para aterrizar!

—¡No lo intente, Maloney! ¡Va a la muerte suya y de quienes le acompañan! —dijo la voz.

—¡He venido para luchar contra usted, Bannister! —replicó Dick —. ¡Y debe usted saber, por experiencia, que la Real Montada no retrocede jamás!

—Me llama usted Bannister —dijo la voz—, ¿Está seguro de que lo soy?

—Lo estoy aunque esconda cobardemente el rostro, Bannister. ¡Pero no lo podrá esconder cuando se lo alcance de nuevo mi puño!

—Está bien, Dick Maloney —repuso la voz. Había en ella un marcado tono irónico —. Puesto que se empeña, le voy a sacar de su error.

Entonces, en la pantalla apareció un rostro. Un rostro que todos pudieron ver con claridad. El rostro de un hombre, que sólo Dick Maloney pudo reconocer.

Aquel hombre no era Bill Bannister. Era Jim Russell, el tío de Molly. El hombre que hacía un mes había abandonado la penitenciaría «N-2», donde había cumplido un año de condena.

CAPÍTULO V

Dick exclamó al verle:

—¡Cómo! ¿Usted?

En los labios de Jim Russel se dibujó una sonrisa de triunfo.

—Le sorprende, ¿verdad, Dick Maloney? También tengo yo una cuenta que arreglar con usted, aunque no sea quien se imaginaba.

—¡Pero usted, Jim Russell, un tendero, no puede haber organizado todo esto!

—Olvida que estuve un año en el penal, y que allí conocí a Bannister.

—No importa. Bannister había estudiado durante más de treinta años. No tuvo usted tiempo...

La sonrisa de Jim Russell se intensificó.

—Lo he tenido, Dick Maloney, ya lo puede ver —dijo —. Sí, ahora ya puede saber que organicé los atentados contra usted en la Tierra. Quería vengarme. Ahora mi mejor venganza será que tenga que regresar fracasado. No necesito más.

De pronto, algo en lo que no había pensado hasta entonces, tal vez a causa de la sorpresa, pasó por la mente de Dick.

—¿Y Molly? ¿Qué ha hecho usted de Molly?

—Está aquí, conmigo. Le concederé la satisfacción de dejársela ver también.

En efecto, Molly apareció en la pantalla al cabo de un momento. Dick la vio y ella le vio a él. En el rostro de la joven no había ningún indicio de que estuviera al lado de su tío por su voluntad.

—¡Molly! —exclamó Dick—, ¿La ha obligado a usted su tío a estar a su lado? ¿Va a ser el escudo de que se valga para que yo actúe contra él?

—¡No, Dick! —Molly se olvidaba de llamarle sargento—, ¡Prescinda usted de todo y cumpla con su deber!

—Una situación encantadora —dijo Jim Russell, con burla—. El uno no se atreve a actuar para no causar daño a su dama, y la otra acepta resignadamente el sacrificio.

Concluyó su frase con una carcajada.

—¡Adelante, Dick! —repitió la joven —. Además, ¡quiero que sepa que ese hombre no es...!

No pudo terminar, porque la mano de Jim Russell le cerró la boca. El hombre había dejado de reír y se mostraba terriblemente furioso.

—¡Silencio! —rugió más que gritó.

Y Dick pudo ver cómo la apartaba de la pantalla con violento empujón.

—¡Cobarde! —gritó el sargento—. ¡Es usted un cobarde, Jim Russell! ¡Pero con su actitud acaba de darme un motivo más para que siga adelante con mi deber!

—¡Tanto peor para usted! ¡No pienso andarme con contemplaciones, Dick Maloney! ¡Si dentro de un minuto no emprende usted la marcha...!

No quiso oír más.

—¡Hacia abajo! —ordenó Dick, interrumpiéndole—, ¡Corta la comunicación, Oates!

El radiotelegrafista obedeció la orden, y el rostro de Jim Russell fue borrado de la pantalla. La nave seguía descendiendo. Ahora, en la pantalla del radar, se veía ya bien la superficie del planeta, con sus montañas, sus rocas y sus desiertos.

De pronto, Oates gritó:

—¡Atención! ¡Una nave!

Todos se precipitaron a mirar a la pantalla del radar. La nave, en efecto, aparecía allí. Acababa de elevarse de la superficie de Venus y se dirigía hacia ellos. Su intención de atacar era evidente.

—Nos tienen por muy poca cosa —dijo Dick—. ¿Suponen que la Policía Montada se asusta por la presencia de una sola nave enemiga?

—No es una sola, sargento —dijo Oates, que no perdía de vista la pantalla —. Mire, otra asciende detrás de ésta... ¡Y otra!

Las naves enemigas eran definitivamente tres. Ahora comprendieron los policías por qué Jim Russell se sentía tan seguro. Tres naves contra una podían rodearla por completo, atacarla por todos los lados, a la vez que imposibilitarle la defensa simultánea.

¡Y en una de aquellas naves iba sin duda Molly! Esta era otra de las armas que se reservaba Jim Russell para aumentar la indecisión de Dick.

—¡Breen! ¡Coutts! —gritó Dick—, ¡Atención a las piezas! ¡Foster! ¡Ocúpate de los mandos mientras yo dirijo la batalla!

Los tres hombres nombrados se prepararon para actuar. Dick se situó en el centro de la cámara de mandos, con la vista fija en la pantalla de radar, observando los veloces movimientos de las naves enemigas.

—¡Asciende, Foster! —ordenó —. ¡Preparad los mandos de los cañones! ¡Voy a dar la posición!

En el cuadro de la pantalla del radar había las líneas indicadoras para que se pudieran tomar las posiciones adecuadas de las naves enemigas con respecto a la situación de la nave propia.

—Atacaremos a la nave más cercana a la nuestra. ¡Atención, Breen! ¡Alza, cuarenta y tres por debajo de la línea del horizonte...! ¡Deriva, ochenta y cinco!

—¡Listo! —contestó la voz de Breen, que había graduado el cañón de acuerdo con las indicaciones del jefe.

—¡Mantén la nave en la misma perpendicular, Foster! ¡Atención! ¡Fuego!

Breen pulsó una palanca. La nave no acusó ningún movimiento, pero el pequeño cañón acababa de soltar un torpedo que al momento apareció en la pantalla del radar, dirigiéndose a toda velocidad hacia la nave enemiga.

La reacción de ésta fue rápida. La vieron torcer su rumbo hacia un lado, casi cuando ya el torpedo la alcanzaba, y el mortífero artefacto pasó de largo y prosiguió su marcha en dirección al suelo.

Poco después lo vieron estallar sobre la arena de uno de los desiertos venusianos. Pero ya Dick había ordenado por segunda voz:

—¡Fuego!

Y el segundo torpedo, con la puntería rectificada, se había puesto en marcha. La nave enemiga, como la vez anterior, se movió a tiempo y esquivó el torpedo. Pero esta vez el proyectil no se estrelló en el suelo como antes.

Porque no llegó. Detrás de la primera nave ascendía la segunda, y como tenía a la otra en su línea de visualidad, vio el torpedo demasiado tarde para evitarlo y fue alcanzada de lleno. Se vio un tremendo relámpago, que ocupó todo el espacio disponible de la pantalla de radar desde donde Dick la estaba contemplando, y segundos después de la nave no quedaban ya más que fragmentos dispersos por el espacio.

—¡Atención, Foster! —gritó en aquel momento Dick—. ¡Vira a la izquierda rápido!

Ahora ascendía, como una flecha, un torpedo lanzado por la primera nave. Foster efectuó el movimiento con tal rapidez que casi todos los que estaban en la cabina rodaron por el suelo. Pero lo hizo a tiempo, porque el proyectil pasó de largo.

—¡A la derecha ahora, Foster! —gritó Dick sin acabarse de levantar.

Foster, que no se había caído porque estaba aferrado a la palanca de mandos, obedeció con la misma presteza que la vez anterior.

—¡Breen! ¡Coutts! —fue la nueva orden de Dick—, ¡Fuego! ¡Fuego a la vez!

Brotaron dos torpedos de la nave de 'a Policía Montada. La enemiga se seguía moviendo para evitarlos.

—¡Fuego! —repitió Dick.

La batalla estaba entrando en su apogeo, o por lo menos así lo consideraban los Montadas. Dos nuevos torpedos fueron lanzados al espacio, y en esta ocasión hizo blanco uno de ellos. La nave enemiga, como la anterior, quedó volatizada en una nube de fuego y humo, sin que quedara después el menor rastro de ella.

Un grito de júbilo se escapó de todas las gargantas en la nave de la Policía Montada. De todas, salvo la de Dick. El joven había cumplido con su deber de repeler el ataque enemigo, pero no sabía si alguna de aquellas naves conducía a Molly en su interior. ¡En tal caso, él habría sido el responsable de la muerte de la mujer a la que amaba!

—¡Sólo queda ya una, Dick! —exclamó Foster con entusiasmo.

—Sí.

La voz de Dick no era alegre. El sargento se limitaba a aceptar la situación.

—Pues casi parece que lo sientes...

—No, Foster —contestó Dick—. Y la prueba de que no, es que vamos a prepararnos para combatir a la que queda.

—¿A la que queda? —intervino Oates, que seguía atento a la pantalla del radar—. Dirán ustedes a las que quedan, en plural. ¡Miren qué nuevo enjambre se nos echa encima!

—¿Qué...?

Todos miraron a la pantalla. Y vieron a media docena de naves, aparte de la que estaba ya en el aire, que se acababan de elevar y se dirigían a ellos a toda velocidad.

—¡Por el infierno! —masculló Foster, cuya alegría se esfumó como por ensalmo—, ¡Esos bandidos disponen de reservas! ¡La verdadera batalla no ha empezado aún!

En efecto, Jim Russell había juzgado sin duda que con tres naves tendría bastante para acabar con los Montadas. Pero ahora, al ver las pérdidas que había experimentado, lanzaba al combate a todas sus reservas.

En aquel momento la radio hizo señal de llamada.

—¿Atiendo, sargento? — preguntó Oates.

—Sí, Oates. No hay duda de que se trata de Russell, pero lo aprovecharé para decirle que no le tememos.

El radiotelegrafista manipuló en los mandos del aparato, y el rostro de Jim Russell apareció de nuevo en la pantalla.

—Lo de antes no ha sido más que una escaramuza, Dick Maloney —dijo el tío de Molly—, El verdadero combate va a empezar ahora, y es ya demasiado tarde para que esperen compasión. ¡Me han destruido ustedes dos naves y lo han de pagar!

—¡Jim Russell! —fue la réplica de Dick — . ¡Por última vez le conmino a que se rinda! ¡En nombre de la Ley dése preso o seré yo quien vaya a capturarle!

Russell contestó con una furiosa carcajada.

—¡Pronto veremos quién captura a quién! —dijo luego.

Las siete naves enemigas se habían abierto ya en formación de ataque. Los primeros proyectiles estaban surcando el espacio, buscando a los policías, para acabar con ellos de una vez. Dick y sus hombres se precipitaron a sus puestos, y Foster llegó a los controles con el tiempo justo para esquivar los primeros torpedos.

Dick dio sus órdenes para tomar puntería, y luego, con voz contundente, dio la de disparar.

En el interior de la nave todo era movimiento. Los hombres se tambaleaban, movidos por las constantes sacudidas que Foster hacía dar para ir evitando los torpedos enemigos. Pero el radar aparecía siempre lleno de ellos.

De las seis naves enemigas, una fue desintegrada por un certero disparo de los Montadas. Y éstos, sin preocuparse de que ellos habían de ser los próximos, lanzaron nuevas exclamaciones de satisfacción al ver la suerte que habían tenido.

Pero no podían contra tantos. No se habían extinguido aún los gritos de satisfacción cuando la nave se vio sacudida con mucha más violencia que cuando Foster maniobraba para esquivar. Todos rodaron por el suelo al mismo tiempo. Y la nave quedó ladeada, no obedeciendo ya a los controles automáticos.

—¡No han acertado! —gritó Oates.

—¡La popa destrozada! —corroboró Foster—, ¡Hemos tenido suerte, después de todo, pues no nos han dado de lleno!

—¡Pero la nave no funciona, y el próximo disparo acabará con ella y con nosotros! —aseguró Breen.

Se levantaron rápidos, sosteniéndose en los diversos aparatos para no caer de nuevo a causa del desnivel. Todos se habían puesto a hablar a la vez, pero la voz de Dick dominó a las restantes:

—¡Hay que abandonar la nave! ¡Sin pérdida de tiempo!

Era la única posibilidad, por lo menos, de vivir algunos minutos más. Aquello no era huir, sino buscar una remota posibilidad de seguir combatiendo, y todos lo aceptaron así. Eran policías, pero no suicidas y no se les podía exigir que se quedasen a bordo, sirviendo de blanco y sin la menor posibilidad de defenderse.

—¡Los cascos escafandras, y los paracaídas antigravitatorios —

ordenó Dick—, ¡A toda prisa!

Los tenían allí mismo, y tardaron escasos segundos en colocárselos. Los cascos se adaptaban con facilidad al traje especial de vacío que todos llevaban ya puesto, y en cuanto a los paracaídas antigravitatorios no tenían más que ajustarse una correa para llevarlos como mochilas.

—¡La compuerta de emergencia, Foster! —ordenó Dick.

Desde ahora sólo podrían comunicar unos con otros mediante las pequeñas radios instaladas en los cascos.

Foster, mientras se ajustaba la correa con una mano, con la otra manejó la palanca que abría la salida de emergencia. Y segundos después el sargento Dick Maloney daba su última orden a bordo de la nave de la Policía Armada:

—¡Al espacio! ¡Cuenten veinte segundos antes de poner en funcionamiento el paracaídas!

La orden de Dick resultó luego justificada. Los seis subordinados suyos se lanzaron al vacío y él los siguió un segundo después. Sin nada que atenuara su caída, se precipitaron los siete cuerpos hacia la superficie de Venus, atraídos por la gravedad del planeta. Y apenas hacía diez segundos que se había lanzado Dick cuando la nave desapareció, envuelta en una nube de fuego y humo, para desintegrarse totalmente. Uno de los torpedos enemigos, por fin, la había alcanzado de pleno.

Gracias a la orden previsora del sargento todos los policías estaban ya muy por debajo del lugar de la explosión para ser destrozados por la onda de aire que ésta desencadenó. De haber puesto en funcionamiento los paracaídas antigravitatorios en el mismo momento de lanzarse, su descenso hubiera resultado muy lento, y los siete cuerpos hubiesen sido irremisiblemente reventados.

Aun así, experimentaron una fuerte sacudida, que aceleró su caída sin protección.

—¡Los paracaídas! —ordenó Dick. Gracias a la radio, tenía la ventaja de poder estar en comunicación con sus hombres a cualquier distancia de ellos.

—¿Algún herido? —preguntó cuando los pequeños motores funcionaban va, aminorando la caída de los hombres.

Recibió seis respuestas negativas. La evacuación de la nave se

había efectuado sin novedad. Pero ahora los siete hombres iban a convertirse en verdaderos náufragos del espacio, abandonados en Venus, sin comida, y sin el menor recurso para salir del planeta. Ni siquiera una radio para comunicarse con la Tierra y pedir ayuda allá.

Los paracaídas antigravitatorios, al no ser de tela como los antiguos, tenían la ventaja de que no eran mecidos por el aire y por lo tanto no separaban a los hombres unos de otros, haciéndolos llegar al suelo al azar. Dick y sus subordinados estaban cayendo en línea recta y se podrían agrupar con gran facilidad una vez en tierra.

Desde el aire, Dick observó el sitio donde irían a parar. Vio debajo suyo un extenso desierto en el que se alzaban agrupaciones de rocas de formas fantásticas, y a un lado una elevada cordillera de mayor fantasía aún. El lugar donde irían a parar ellos al tocar el suelo estaba muy cercano a la ladera de los rocosos montes.

Alex Taylor, el primero de los hombres que se había lanzado desde la nave, acababa de tocar el suelo. Y, con segundos de intervalo, fueron llegando los demás.

—El descenso, sin novedad, Dick —dijo Foster—, Ya estamos en Venus. Pero temo que si no nos hartamos de rocas...

—Y yo creo que antes de pensar en comer nos tendremos que preocupar de otras muchas cosas, muchachos. ¡Mirad un poco hacia arriba, amigos!

Todos siguieron su indicación y miraron al cielo del planeta. Las naves enemigas evolucionaban sobre él, agrupándose. Desde luego, habían cesado de disparar a partir del momento en que se desintegró la de los policías, pero por su forma actual de maniobrar daban la sensación de haberse dado cuenta ya de la fuga de los tripulantes.

—¡Nos han visto! —dijo Foster.

Los siete hombres emprendieron la carrera hacia las primeras rocas de la montaña. La inferior gravedad de Venus con respecto a la Tierra les permitía desplazarse con mucha más velocidad, y daban sobre la arena saltos de verdaderos gimnastas.

—¡Ya sueltan las bombas! —gritó Foster, que había mirado un momento hacia arriba.

—¡Adelante sin pérdida de tiempo! —fue la respuesta de Dick.

Alcanzaron las rocas cuando las primeras bombas estallaban sobre la arena del desierto. Un último salto les ayudó a llegar, y

quedaron tendidos en el suelo, entre roca y roca, mientras las terribles explosiones, mucho más potentes que si hubieran tenido lugar en la superficie de la Tierra, levantaban verdaderos mares de arena que les caían luego encima como nutrido chaparrón.

Se produjo luego un momento de calma. Dick lo aprovechó para tomar nuevas disposiciones.

—Aquí no estamos bien, muchachos —dijo —. Otra granizada como ésta y las rocas y nuestros cuerpos resultarán pulverizados. No creo que interese esto a ninguno de nosotros.

—¡A mí no, desde luego! —contestó Foster de mal talante.

Dick se puso en pie. Sus hombres le imitaron. Encima mismo, las seis naves enemigas se disponían a soltar un segundo chorro de bombas.

—¡Internémonos más en las rocas! ¡Pronto! —gritó Dick.

Avanzaron, saltando por encima de ellas, mientras las naves abrían ya sus compuertas para soltar más bombas.

Quizá de poco les hubiera servido aquello de no haber descubierto de pronto los policías una estrecha grieta que se hundía profundamente en el suelo, formada allí por uno de tantos caprichos de la geología venusiana.

No fue necesario que Dick diese orden alguna. Actuó el instinto, y los siete hombres se sumergieron por la ranura cuando ya las explosiones hacían volar rocas por encima de sus cabezas.

Fue un bombardeo digno de las mejores guerras. La fuerza explosiva de los proyectiles, ayudada por la menor gravedad de Venus, alzaba rocas como montañas que se convertían al caer en otras tantas bombas y que desintegraban a las rocas menores que no habían sido movidas de sitio con anterioridad. En breves minutos aquella parte de la cordillera cambió de configuración.

Pero los siete hombres, en el fondo de la grieta, permanecieron inmunes y sólo fueron alcanzados por algún trozo menor que no pudo siquiera hacer mella en el plástico especial transparente de sus cascos.

Cuando el horrible temblor que parecía sacudir los cimientos de la cordillera cesó, Dick juzgó llegado el momento de intentar la salida al exterior.

No le costó demasiado trepar hasta el borde exterior de la grieta,

apoyándose en los salientes de la pared de la misma. Asomó la cabeza y, sin preocuparse del terrible caos exterior, prestó sólo atención a la media docena de naves enemigas.

—Se van —dijo—. Parece ser que definitivamente se marchan.

—De lo cual no sabemos si alegrarnos o echarnos a llorar —contestó Foster—, Todo lo que nos queda ahora es la arena y las rocas de Venus.

Pero no se podía hacer nada para mejorar la situación, y momentos después los seis voluntarios estaban en el exterior, junto a su jefe.

Caía un sol muy luminoso, pero sus trajes de espacio, aislantes, no les permitían notar si era o no caliente. Por lo tanto, ni siquiera sabían que ¡a barrera que privaba del calor del Sol estaba instalada allí, en Venus, o procedía de algún punto más cercano al astro.

—De hecho, podemos considerar fracasada nuestra expedición —dijo Foster, que, pese a ser tan valeroso como los demás, era el más pesimista de todos—. Nos hemos librado de una muerte inmediata para venir aquí a esperar una peor. ¡Creo que nada hemos ganado!

Nadie objetó nada a su razonamiento, porque no carecía de lógica en absoluto. Pero Dick, cuyo temperamento era diametralmente opuesto al de Foster, no quiso resignarse con tanta facilidad.

Le miró fijamente.

—Supongo que no vas a ser de la opinión de sentarte aquí en espera de que llegue la muerte —dijo.

—¿Crees sinceramente que se puede hacer mucho más, Dick?

Este se enojó.

—¡Repámpanos! ¡Claro que sí! Las naves de Russell estaban en Venus, ¿no? Ignoramos todavía lo que pueden haber dejado aquí.

La idea, por ser sencilla, no se le había ocurrido a nadie. Y al sugerirla Dick tuvo la virtud de hacer renacer la esperanza en casi todos.

—En efecto —dijo Oates—. Podemos mirar si han dejado aquí algo. Quizás un almacén, una instalación.

—En marcha, pues —concluyó Dick—, Tendremos que trepar un

poco, pero no será pesado. Aquí parecemos de goma. Y desde lo alto de estas montañas dominaremos mucho terreno.

Iban ya a empezar la ascensión cuando no muy lejos de ellos una de las rocas que habían quedado inestables a causa del bombardeo se movió y empezó a rodar por la pendiente. Sus auriculares, capaces de captar también los ruidos exteriores, les indicaron que no estaban tan solos en el abandonado planeta. Alguien se acercaba.

Y los siete hombres, instintivamente, echaron mano a las pistolas atómicas que pendían de sus cintos.

CAPÍTULO VI

Atención! —gritó Dick—, ¡A parapetarse tras las rocas!

Todos obedecieron, empuñando las pistolas y mirando hacia el lugar de donde procedía el ruido de pasos.

Pero la voz de Dick, emitida a través del micrófono de su casco, fue captada también por los receptores de quien se acercaba, porque a sus oídos —y a los de sus compañeros— llegó una voz como respuesta a sus palabras:

—¡Por favor! ¡No disparen! ¡Soy una mujer y no llevo armas!

—¡Molly! —gritó Dick, que había reconocido la voz—. ¡Molly! ¿Es posible?

Se levantó de un salto y corrió adelante. Tardó muy poco en distinguir a la joven, vestida con traje de espacio y llevando puesto el casco transparente sin el cual no sería posible la respiración en aquel planeta de atmósfera nociva.

—¡Molly! —gritó otra vez.

—¡Dick! ¿Usted aquí? Luego, ¿se ha salvado?

En un par de zancadas el sargento acabó de acercarse a la muchacha. En aquel momento su emoción era tal que la hubiera abrazado y besado, sin reparar en las consecuencias, de no haberlo impedido los cascos que ambos llevaban puestos. Se limitó a lo primero, y la joven no opuso la menor resistencia.

—Sí, Molly —dijo Dick—. Estoy a salvo con mis compañeros... si es que se puede llamar a esta situación, sin nave y sin víveres, estar a salvo.

—¡Dios mío! Yo... yo creo que estoy igual que ustedes. Se lo han llevado todo.

Mientras, Foster y los demás se habían acercado a la pareja.

—¿No tendrían aquí algunas instalaciones? —preguntó el cabo—. ¿Algún barracón con reservas?

—Nada —contestó Molly—. Sólo las naves. Todo lo demás está en

Mercurio, según he podido ver, porque hemos venido de allá.

—¡Maldición! —exclamó Foster—. Entonces...

—¿Y cómo está usted aquí, Molly? —preguntó Dick, interrumpiendo al cabo.

—Conseguí escaparme de la nave aprovechando la falta de atención de sus tripulantes. La marcha de ustedes en esta dirección fue captada a tiempo y se dispusieron a interceptarles aquí, para impedirles continuar hasta Mercurio —explicó Molly—. Aterrizamos y desembarcamos. Yo, después de haber sido obligada a presentarme ante la pantalla para que me viera usted, conseguí escabullirme y salí al exterior. Entonces sólo tres naves habían sido enviadas contra ustedes y la nuestra seguía aparcada y con la compuerta abierta. Algunos hombres observaban la lucha desde tierra. Cuando se decidió enviar el resto de las naves me escondí tras las rocas para no ser vista, y no se dieron cuenta de que me había quedado fuera.

—Pero ahora ha quedado usted tan abandonada y tan condenada a una muerte segura como nosotros —dijo Dick.

—Al escapar de la nave sólo pensaba yo en una cosa — dijo Molly —. Huir de aquel hombre.

—¿De aquel hombre? ¿Se refiere a Jim Russell? ¿A su tío?

—¡Oh! —exclamó la muchacha—, ¡Aquel hombre no es...!

Pero la interrumpió el grito lanzado por Oates, que estaba observando el cielo:

—¡Las naves! ¡Otra vez las naves aquí!

V nadie se interesó ya por escuchar el final de la frase de Molly. Todas las miradas se alzaron para contemplar las seis naves que habían vuelto a aparecer y que se dirigían a toda velocidad hacia aquel punto.

Pero aquellos náufragos, aquellos abandonados en un planeta desierto, comprendieron al momento que nada podían esperar de aquella media docena de naves que se dirigían hacia ellos. Nada, salvo la muerte.

—¡Hemos de procurar que no nos vean a nosotros! —dijo Dick —, ¡A esconderse entre las rocas, muchachos!

Todos corrieron a obedecer. Por suerte, había allí rocas

abundantes que les podían sustraer a la vista del radar de las naves y a la de sus tripulantes si, como parecía, llegaban a desembarcar.

A Dick no le cupo duda de lo que había sucedido.

—Se han dado cuenta de su ausencia, Molly —explicó—, y han regresado para buscarla.

—¡Pero yo no quiero ir con ellos! —dijo la muchacha.

—Lo supongo, Molly. Pero no basta esto para que ellos no traten de recuperarla por la fuerza. Por suerte, nosotros estamos aquí ahora.

Los siete policías y la mujer habían ocupado posiciones dando cara al desierto, sobre cuya arena se posarían las naves sin duda caso de aterrizar, como se estaba suponiendo. Los hombres empuñaban con fuerza sus pistolas atómicas, como si con ellas pudieran perforar las resistentes corazas de las naves.

Estas tardaron muy poco en mostrar definitivamente sus intenciones. Al llegar a las inmediaciones de las rocas evolucionaron con más lentitud y fueron descendiendo hasta quedar posadas en la arena, muy cerca de las montañas.

Los policías contemplaron en silencio la evolución. No era conveniente hablar en aquellas circunstancias, ya que sus voces podían ser captadas por el enemigo y descubrir su presencia antes de tiempo. Se miraron unos a otros, y sobre todo a Dick, que impuso la calma con un ademán.

A los pocos minutos de haber aterrizado las naves se abrieron las compuertas y los tripulantes empezaron a salir al exterior. Los auriculares de los policías captaron fragmentos de conversaciones. Luego, habiendo salido Jim Russell, todos se agruparon en torno a él, y Dick y sus compañeros pudieron oír la orden que el tío de Molly daba a su gente.

— Ha de haberse escondido en esas rocas —dijo el tío de Molly, refiriéndose sin duda alguna a la muchacha —. Nos dividiremos en grupos de tres, y no creo que nos cueste mucho localizarla. En cualquier caso, si se empeña en huir de nosotros, el hambre la obligará a mostrarse cuando hayan pasado algunas horas.

Jim Russell siguió hablando. Luego, los hombres, que entre las seis naves totalizaban más de treinta, empezaron a formar pequeños grupos e iniciaron su marcha hacia las rocas, separados los unos de los otros.

Fue el momento elegido por Dick para intervenir. Junto a las naves no había quedado más que un pequeño retén de media docena de hombres, con Jim Russell. Y mientras los demás se alejaban, el sargento se puso en pie, empuñando firme la pistola, y con el brazo izquierdo hizo a sus subordinados una seña que éstos entendieron a la perfección.

No se podía esperar más. Varios grupos se estaban dirigiendo a las rocas donde ellos estaban y hubieran sido descubiertos de todos modos, perdiendo la ventaja de la sorpresa.

Foster y los demás se levantaron como Dick y echaron a correr tras su jefe en dirección a las naves, de las que se estaba alejando el grueso de las fuerzas de Russell.

Los grupos que se dirigían a ellos, seis hombres en total, estaban a muy pocos metros, que fueron salvados rápidamente por los policías dada la menor gravedad de Venus. Cuando los secuaces de Russell se dieron cuenta del ataque ya varios de ellos rodaban por el suelo, golpeados en sus estómagos por las contundentes culatas de las pistolas de los policías.

—¡A ellos! —gritó Dick—, ¡No uséis las armas más que en caso de absoluta necesidad!

Los golpes siguieron, sin que los de Russell acertaran a reaccionar a tiempo. Pero ya los demás grupos se habían dado cuenta de todo y se disponían a actuar.

Por suerte para los policías, la supuesta búsqueda de Molly no era cosa que requiriese llevar las armas en la mano, y los hombres de Russell llevaban sus pistolas colgadas del cinto. Para empuñarlas necesitaban algunos segundos, y éstos les bastaban a Dick y a los suyos para alcanzar las naves.

—¡Foster! —gritó el jefe—. ¡Con Oates, Breen y Gardner, hazte cargo de la primera nave! ¡Los demás, a la segunda conmigo! ¡Fuego contra quien se oponga a nuestro avance!

Sus seis primeros enemigos habían sido derribados gracias a la acción fulminante de los policías. Los demás no habían empuñado aún sus armas, y los que se quedaron junto a las naves, con el propio Russell, retrocedieron rápidamente hacia una de ellas antes de resignarse a recibir los balazos de sus inesperados enemigos.

Fue un momento de confusión, durante el cual a todos los auriculares llegaban voces distintas sin que fuese posible entender

nada. Todo el mundo gritaba y todos querían hablar a la vez.

Pero las órdenes anteriores de Dick habían sido claras, y cada uno de los Montadas sabía lo que tenía que hacer. Las breves escalerillas de acceso a las dos naves elegidas fueron salvadas en un instante, y los hombres, con Molly, se guarnecieron en el interior.

Entonces, las primeras balas empezaron a rebotar contra los flancos de las naves.

Dick se quedó a la entrada, pistola en mano, y disparando contra los que ahora pretendían acercarse. Vio morder el polvo a dos enemigos. Supuso que Foster en su nave había hecho lo mismo que él, puesto que vio caer a otros dos sin que él hubiera disparado. Los restantes cesaron el fuego y emprendieron la huida, buscando refugio tras las rocas.

—Coutts, hazte cargo de los mandos y empieza a elevar la nave. Tú, Taylor, ponte al habla por radio con Foster y ordénale que haga lo mismo de mí parte.

Coutts y Taylor, con Molly, habían subido ya a la cabina de mandos. Captaron la orden de Dick y se dedicaron a cumplimentarla.

Dick no se movió de la compuerta para evitar cualquier sorpresa, y se dio cuenta en aquel momento de que la nave en la que se habían refugiado Russell y los seis hombres de guardia se estaba elevando ya.

¡No se podía perder un instante si no querían verse bombardeados desde el aire!

—¡Aprisa, Coutts! —gritó Dick.

Y en aquel momento su nave se puso en movimiento. Dick siguió junto a la compuerta abierta y vio que a los pocos segundos la nave conquistada por Foster imitaba a la suya. Desde tierra, algunas balas surcaron el espacio, estrellándose inofensivamente contra la nave de Dick.

Este entonces se retiró de la compuerta y empezó a hacer funcionar el mecanismo de cierre de la misma.

Poco después se hallaba en la cabina al lado de sus dos hombres y de Molly. Taylor tenía abierta la comunicación con la otra nave, y el rostro de Foster, abierto en ancha sonrisa, ocupaba la pantalla.

—Todo ha salido a la perfección, Dick.

—¡Caramba! Te veo muy cambiado, y me alegro de ello, Foster.

—Pues... Verás, la situación no era como para morirse de alegría. Bien, jefe, ¿cuáles son tus órdenes?

—De momento, veamos qué se propone hacer Russell. Le mandaremos un aviso, intimándole a la rendición. Si se pone tonto, sintiéndolo mucho, cumpliremos nuestro deber.

—O sea que atacaremos, ¿no?

—Exacto. Pero... ¡por cien mil diablos! ¡Mira a la pantalla del radar, Foster!

Lo mismo que Dick y Foster, todos los demás miraron a ella. Vieron la nave de Russell, pero no cerca de ellos como suponían, sino alejándose a toda velocidad. Habían estado perdiendo el tiempo en conjeturas y el otro lo había aprovechado para largarse.

—¡Se nos escapa! —gritó Foster—, ¡Hemos olvidado que podía hacer algo más que rendirse o aceptar la lucha!

—¡Tras él! ¡A toda velocidad las dos naves! —ordenó Dick.

—¿Y qué hacemos con las restantes que han quedado en la superficie de Venus? ¿Las dejamos para que nos persigan a su vez?

—¡Maldición, es cierto! —gritó el sargento—. ¡Es necesario destruirlas antes de perseguir a Russell! ¡Encárgate tú de ello, Foster! ¡Yo seguiré adelante!

Se cortó la comunicación entre ambos, y Dick ya sólo se preocupó desde aquel momento de acelerar la persecución de Russell. Era necesario alcanzarle a toda costa antes que pudiera desembarcar en Mercurio y ocultarse allí para continuar sus fechorías.

Pero tuvo que cambiar de propósito, cuando la voz de Taylor, que se había hecho cargo de los aparatos detectores, le advirtió:

—¡Están luchando, sargento!

—¿Cómo?

—Foster y las cuatro naves que quedaron en Venus. Se han elevado ya. Sin duda los bandidos han vuelto a ellas al dejarlos nosotros abandonados.

—¡Maldición!

Pero con un juramento no se podía arreglar nada, Dick lo comprendió así, al tiempo que disminuía la velocidad a que había puesto la nave.

Se acercó al radar para mirar. Lejos, en efecto, se estaba iniciando una batalla. Las cuatro naves que fueron de Russell estaban ya en el aire y los primeros torpedos surcaban el espacio. No se podía abandonar a un compañero.

—¡A ellos! —rugió Dick.

Tomó de nuevo los mandos, viró en redondo y se lanzó a toda velocidad hacia el lugar de la nueva lucha.

—¡Tú te harás cargo de los cañones, Coutts! —dijo con resolución.

—De acuerdo, sargento.

—¡Preparado para abrir fuego!

—Sí, señor.

La nave seguía avanzando. Más que disponerse a disparar, parecía que iba a lanzarse sobre las naves enemigas para chocar con alguna de ellas y destrozarla con la violencia del golpe.

Los hombres de Russell no advirtieron de momento la proximidad de Dick. Estaban atentos sólo a la lucha que habían iniciado contra Foster, y buscaban rodearle para acabar con él de una vez.

Por su parte, el valeroso cabo se las arreglaba para evitar el cerco, y hasta se permitía incluso el lujo de contraatacar. Oates, Breen y Gardner colaboraban maravillosamente con él.

Desde la pantalla del radar, Dick les vio soltar un reguero de torpedos, uno de los cuales hizo blanco. Y una de las naves atacantes, con toda la popa arrancada, cayó en torbellino hacia el suelo, donde se estrelló en tremendo impacto.

De todas las gargantas de la nave de Dick brotó una exclamación.

—¡Magnífico!

—¡El valiente Foster! —gritó el sargento—. ¡Ha llegado el momento de que le ayudemos, muchachos! ¡Atención, Coutts!

—¡A la orden, señor!

—¡Fuego!

Coutts había tomado ya puntería, un segundo más tarde brotaba de la nave el primer torpedo aéreo.

Fue entonces, quizá, cuando el enemigo se dio cuenta de su presencia, porque a través del radar le vieron evolucionar, procurando las naves cambiar de posición. Demasiado tarde. El primer tiro de Coutts había alcanzado a una de ellas de pleno, desintegrándola en el aire.

Otros torpedos estaban en marcha. A su vez, Foster contribuía al desconcierto general enemigo, soltando disparo tras disparo. Los policías no llegaron a saber si el enemigo se rendía, si quería parlamentar o si aceptaba la lucha. No era momento para prestar atención a nada salvo al combate, y a la necesidad de terminarlo cuanto antes.

Los proyectiles iban haciendo blanco unos tras otros. Las naves enemigas se estaban moviendo con torpeza, cogidas entre dos fuegos pese a su superioridad, y ellas y sus tripulantes pagaron el error con sus vidas.

Cuatro se habían elevado del suelo de Venus para atacar a Foster. Este había derribado a una, Dick a otra, y las dos restantes tardaron muy poco en sucumbir, en gigantescas explosiones, recibiendo impactos por todos los lados.

Dick y Foster mantenían contacto a través de la pantalla.

—¡Ya son nuestras, muchacho! —exclamó el sargento.

—¡Cáspita, Dick! Sin tu intervención me hubieran hecho pasar un mal rato.

—No pienses en él, puesto que no lo has pasado. Ahora...

—Lo imagino. Ahora hemos de correr en pos de Russell, el extraño sucesor de Bill Bannister.

—Tienes razón, Foster —contestó Dick, pensativo. Hablaban los dos a través de la pantalla como si estuvieran uno enfrente del otro—. Es más extraño de lo que se puede exponer. ¿Cómo puede Jim Russell haber adquirido semejantes conocimientos? El no era más que un comerciante antes de ser internado en «N-2».

—Pero Bannister estaba allí. Pudo haberle revelado algunos secretos antes de morir.

—Hay secretos que no se pueden revelar, Foster. O, mejor dicho, que de nada sirve revelarlos si la persona que los recibe no posee previamente los conocimientos necesarios para poderlos emplear. Y te aseguro que Jim Russell no los poseía. Además...

—Además, ¿qué, Dick?

—Quiero decir que Jim Russell era, en definitiva, una buena persona. Tuvo aquel desgraciado incidente con el indio, es cierto, pero no se le puede considerar un hombre de malos antecedentes. Precisamente por eso su condena fue mínima.

—¡Pues algo tiene que haber ocurrido, canastos!

—Si yo tuviera la absoluta seguridad de que ese hombre es Jim Russell... —dijo Dick.

Y no acabó la frase porque en aquel momento Molly, que había estado escuchando en silencio la conversación entre los dos hombres a través de la pantalla, se decidió a intervenir.

—Pues no lo es, Dick —dijo.

—¿Cómo? —El sargento la miró extrañado—, ¿Dice usted que...?

—Digo que ese hombre no es mi tío —afirmó la joven —, ¡Digo que no es Jim Russell!

CAPÍTULO VII

La extrañeza de Dick fue en aumento. Los demás, incluido Foster, siempre a través de la pantalla, se interesaron por la nueva situación creada a consecuencia de las palabras de la joven.

—Pero, Molly, no me va a decir que...

—Vuelvo a repetir lo mismo. Ese hombre no es ni ha sido nunca Jim Russell, el hermano de mi padre. Por eso huí de él. Por eso escapé de la nave en Venus, aun a riesgo de perecer por falta de asistencia y ayuda.

—¡No es posible, Molly! Usted misma, al hablarme de él antes de emprender la expedición decía que era su tío. Además no me hace falta que lo dijera usted. Su mismo rostro...

—Un rostro exactamente igual al de mi tío, en efecto — convino Molly—. Esto fue lo que me confundió, cuando se presentó en casa diciendo que acababa de salir del penal, y yo lo acepté como a mí tío de verdad.

—¡Pero es que había salido efectivamente del penal y estaba obligado a presentarse en su casa, Molly! Por esto vino...

—Y yo le digo que no era él, Dick. No sé qué ha sido de mi tío. No sé adonde ha ido al salir del penal; ni siquiera puedo decir que haya salido, porque yo no le he llegado a ver. Pero puedo afirmar que el hombre que vino a casa, que ese hombre que tiene el rostro idéntico al de Jim Russell no es él.

—¿Cómo puede ahora afirmarlo con tanta seguridad?

—Muy sencillo —dijo Molly—. A tío Jim, en cierta ocasión, se le disparó un arma al ir a venderla en la tienda. La bala le atravesó el antebrazo izquierdo algo por encima de la muñeca. Pues bien: casualmente, en la nave, vi al supuesto Jim Russell con los brazos arremangados, ¡y no tenía la herida en ninguno de ellos!

—¡Cielos! Entonces...

—Entonces se me escapó una exclamación, como ahora a usted, y él sospechó que había descubierto algo. Insistió en que hablara, y yo le dije la verdad. Me confesó cínicamente, que, en efecto, no es mi tío.

—¿Quién es entonces? Uno que se le parece mucho, pero ¿quién?

—No me lo dijo. No lo he podido saber.

—¿Por qué se presentó, pues, en su casa, como recién salido del penal?

—Es algo que no comprendo, Dick. Aquí hay un misterio. Un ministerio en el que mi tío, mi verdadero tío Jim, no tiene nada que ver, pero del que quizás está pagando las consecuencias. Tal vez ese hombre lo tiene prisionero.

Hubo un momento de silencio, en el curso del cual el cerebro de Dick trabajó a toda velocidad. También sus compañeros meditaban, pero sin sacar nada en claro.

—Dígame, entonces, Molly —preguntó Dick, rompiendo el silencio—, ¿por qué ese hombre, el falso Jim Russell, si no era su tío, la quería tener a su lado? Porque la iban a raptar cuando yo intervine...

—¡Porque se había enamorado de mí! —explicó Molly—.

Compréndalo usted, Dick; compréndanlo todos. Ese hombre vino a casa y le tomé por mi tío. Le abracé, y le besé con verdadero cariño. Yo le quería y le sigo queriendo mucho, porque tío Jim ha sido un verdadero padre para mí. Supongo que aquello, aquella demostración de afecto, debió de ser para ese hombre como un impacto en su lado sentimental. Quizás había pasado su vida sin conocer un verdadero cariño...

—Y aquella demostración de afecto por parte de usted pudo ser una revelación, lo comprendo —dijo Dick—, Usted no sabía que era un desconocido. Y luego...

—Luego noté algo raro cuando volvió a casa y me pidió que me fuese con él. Pero no pude entonces adivinar de qué se trataba. No sé si lo hubiese adivinado nunca, porque yo le seguía considerando mi tío, hasta que descubrí que no lo era. Entonces me reveló lo que él llamaba su repentina pasión, y me dijo que sería su esposa, me gustase o no, cuando él se hubiera adueñado del universo.

Estas últimas palabras de Molly trasladaron los pensamientos de Dick de una cosa a otra.

—Cuando se hubiera adueñado del universo —murmuró—. Un falso Jim Russell al que parece que hubieran trasladado el cerebro enfebrecido de Bill Bannister.

—Sin embargo —dijo Foster, que seguía atento a la conversación desde su nave—, sin embargo, Bill Bannister y Jim Russell no se parecían en nada.

—No —convino Dick —. Y Jim Russell salió del penal, del mismo penal donde estaba recluido y donde falleció Bill Bannister, y en cambio no fue Jim Russell sino un farsante quien se presentó en su casa. ¿Cómo nos explicamos todo esto, Foster?

—Pues no sé…

La conversación se había vuelto a extinguir al tiempo que todos volvían a hacer funcionar sus cerebros, tratando de ver claro en todo aquello.

Y mientras las naves seguían su marcha veloz hacía Mercurio, donde pensaban alcanzar al falso Jim Russell, ya que ahora iba a ser muy difícil poderle alcanzar por el camino.

La lucha contra las naves que habían quedado en Venus les había hecho perder un tiempo muy difícil de recuperar. Y si era cierto que ahora no habían dejado enemigo alguno a sus espaldas, no lo era menos que aquel hombre, al que seguían llamando Jim Russell por no conocer su nombre verdadero, les había tomado suficiente ventaja para poder llegar mucho antes que ellos al planeta más cercano al Sol.

Esto podía perjudicar la persecución, ya que los policías ignoraban qué nuevos recursos podría tener allí preparados para defenderse y hacerles fracasar en sus proyectos de captura.

De pronto, Dick se dirigió a Taylor, el radiotelegrafista de su nave preguntando:

—¿La radiotelevisión de esta nave es de largo alcance, Taylor?

Este asintió.

—Desde luego, sargento. Podemos establecer contacto con los confines del Sistema si nos hace falta.

—Nos la hace —dijo Dick—, Curse una llamada a la penitenciaría «N-2», Taylor.

—¿A «N-2»? —preguntó Taylor, sorprendido. Y luego reponiéndose, añadió—: Desde luego, sargento.

Sus dedos empezaron a manipular en los mandos del aparato. Y segundos más tarde, en la pantalla aparecía el rostro del

radiotelegrafista de! lejano satélite.

—¿Quién llama?

Dick se puso ante la pantalla.

—¿Qué hay, Maloney? Empezaba a estar intranquilo por usted. Habíamos convenido que me llamaría...

—Hemos sufrido algunos percances, señor. Entre ellos, la pérdida de la nave del Cuerpo. Pero la hemos sustituido por otra.

—¿Y han capturado...?

—Estamos en vías de descubrir algunas cosas, señor. Hemos descubierto ya varías. Pero le he llamado para formularle un ruego, principalmente.

—Diga, Maloney.

—Se trata de que haga venir a Ottawa al médico de «N-2» que asistió a Bill Bannister cuando murió, o antes de morir, si le asistió alguno. Yo carezco de autoridad para dar esa orden.

—¿Qué se propone, Maloney?

—He de pedirle que no me pregunte nada hasta que no estamos de regreso, señor —dijo el sargento—. Y rogarle, una vez más, que tenga confianza en mí.

—Si no la tuviera, no le habría permitido realizar esta expedición, Maloney. Tendrá aquí su médico.

—Gracias, señor.

La comunicación quedó cortada. Molly se acercó a Dick, preguntándole:

—¿Por qué ha querido todos esos datos, Dick? ¿Qué se propone hacer?

—Unas comprobaciones cuando me sea posible. En realidad, no me podría explicar aunque quisiera, porque mis ideas no son todavía demasiado concretas.

Taylor, les interrumpió, al exclamar:

—¡Mercurio a vista! ¡Acaba de aparecer en la pantalla del radar, sargento!

Dick fue a mirar, con no demasiado entusiasmo. Se notaba con claridad que estaba pensando en otras cosas. En la pantalla se podía ver la reluciente superficie de Mercurio, sin atmósfera que envolviera el planeta, y sobre la que daba de lleno la luz del Sol.

—¡Casi debe asarse uno aquí! —comentó Taylor—, Notaremos el calor pese al aislante de los trajes de espacio.

—Procuraremos no estar demasiado tiempo, y tanto el traje como el aislante de las naves resistirán —dijo Dick. Después pidió—: Llame a Foster, haga el favor.

Casi al momento apareció en la pantalla el segundo jefe de la expedición.

—Has visto Mercurio, ¿verdad, Dick? Un asadero de los buenos.

—La idea no es original tuya, Foster. Y hemos de ir allá de todos modos, haga calor o no.

—¿Piensas encontrar algo?

—Uno de los principales objetivos de nuestro viaje es descubrir los artefactos que privan del calor del Sol a la Tierra y a los demás planetas. Todo hace suponer que los aparatos que emiten esos misteriosos rayos están instalados en la superficie de Mercurio. Por lo tanto, es ahí donde los hemos de buscar.

—¿Y habremos de reconocer el planeta palmo a palmo?

—Creo que no va a ser necesario —dijo Dick—, Pese a que soy un hombre chapado a la antigua, poseo algunos conocimientos científicos de los que trataré de sacar resultado.

—Explícate.

—Hemos de buscar una recta que relacione al Sol con los demás planetas, especialmente la Tierra, pasando dicha línea sobre la superficie de Mercurio. En esta línea precisamente han de estar instaladas las pantallas emisoras de rayos, pues en cualquier otra parte de Mercurio no cumplirían su objetivo. ¿Me vas entendiendo?

—Creo que sí.

—De acuerdo, entonces. Yo tomaré la dirección, y tú te limitarás a seguirme. Pienso que no será demasiado difícil encontrar esas pantallas. El falso Jim Russell nos lleva cierta ventaja, pero no la suficiente para haberlas podido esconder.

—De acuerdo.

Cortada la comunicación, Dick se hizo con un mapa de mercurio y empezó a realizar cálculos sobre una hoja de papel. Cuando creyó haber encontrado la solución que buscaba, pasó a tomar el mando de la nave.

Esta se acercó mucho a la superficie del planeta y empezó a seguir sobre la misma línea que Dick había trazado sobre el mapa como resultado de sus cálculos. La nave de Foster le siguió a poca distancia.

De pronto, Taylor interrumpió la búsqueda y avisó:

—¡Una nave, sargento! ¡Es la de Jim Russell o como se llame!

—¿Dónde está?

—¡A nuestra izquierda! A unos tres kilómetros. Evoluciona sin cambiar demasiado de posición. Parece que esté esperando a que la persigamos.

—Es sin duda lo que se propone —dijo Dick—. Quiere que la persigamos para desviarnos de nuestro camino. Esto significa que no nos hemos equivocado, y por lo tanto seguiremos adelante.

—Llaman, sargento —dijo entonces Taylor, controlando la luz de aviso.

—Será él sin duda. Vea qué quiere.

El rostro del falso Russell apareció en la pantalla. Se le veía a la vez reflejando espanto y furor.

—¿Qué le pasa, Dick Maloney? —preguntó—, ¿Le ha entrado de pronto el miedo? ¿Por qué rehúye el combate?

—Porque hay cosas que me interesan más, Jim Russell, o como se llame usted. Antes de capturarle quiero destruir sus pantallas.

—¡No lo conseguirá! ¡Le destruiré a usted yo antes! ¡Venga a luchar! ¡No huya como un cobarde!

Dick no se alteró.

—Si sólo me ha llamado para obsequiarme con estos adjetivos, vale más que corte. No conseguirá nada.

—¡Si no viene a luchar le destruiré yo!

—Corta, Taylor —ordenó Dick.

El radiotelegrafista obedeció, volviendo a fijar su atención en la pantalla del radar, que les ponía en comunicación con cuanto ocurría en el exterior.

—Viene, en efecto —dijo—, ¡Y lanza ya sus torpedos! ¡Está empezando a atacar!

—Un ataque fruto de la desesperación. Debemos de estar muy cerca de las pantallas. Llama a Foster.

Foster apareció.

—¿Alguna orden, Dick? ¡Ese tipo nos está tratando de hacer cosquillas!

—Cuida de él, Foster. Pero no destruyas su nave más que en última instancia. Me interesa cogerle vivo.

—¡Hum! Es una misión delicada, pero procuraré complacerte. Intentaré obligarle a aterrizar.

En aquel momento advirtió Taylor:

—¡Mire, sargento! ¡Mire esos extraños aparatos!

Dick pasó la vista de una pantalla a la otra.

—¡Lo que estamos buscando! —exclamó—. ¡Los aparatos interceptores del calor!

Se trataba de unas altas torres metálicas, en cuyo extremo superior llevaban anchas cúpulas invertidas y huecas, las cuales, como suponía Dick, emitían los rayos que formaban la barrera ante el calor del Sol, sin interceptar su luz. Las torres eran unas doce en total, distribuidas sobre aquel sector del planeta, como las torres de los campos petrolíferos de antaño. Las cúpulas estaban orientadas de forma qué sus rayos interceptores formasen un verdadero abanico.

—¡Lo que estamos buscando! —repitió Dick—, ¡Tú te cuidarás del bombardeo, Coutts!

—Con mucho gusto, sargento —contestó el aludido—. Creo que aún queda una buena reserva de bombas, pese al obsequio que de las mismas nos hicieron en Venus.

Y entonces empezó a desarrollarse una doble acción. Por un lado, Foster se dedicaba a anular todos los esfuerzos del falso Jim Russell

para acercarse, y por el otro Dick sobrevolaba ya el campo de las pantallas, al tiempo que ordenaba:

—¡Empieza, Coutts!

Coutts movió una palanca, y las bombas empezaron a caer. Fue una verdadera lluvia de destrucción, que empezó a segar las torres metálicas, convirtiéndolas en informes trozos de chatarra retorcida.

—¡Sigue, Coutts, sigue! ¡No ha de quedar nada!

La terrible lluvia continuó. A través de la pantalla se veía como las cúpulas iban quedando inutilizadas, hechas pedazos, destruyéndose con ellas la obra de un loco, que había querido declarar la guerra nada menos que a toda la Humanidad.

Entretanto, Foster había conseguido, por fin, colocar el impacto deseado que averió la nave del falso Jim Russell. Dick estaba pensando en la desesperación que se debía de haber apoderado del loco megalómano al ver destruida su obra y con ella sus sueños de insensata grandeza. Y temió por una inesperada reacción.

La nave del falso Russell estaba siendo abandonada en aquel momento. El jefe y los seis hombres que le habían seguido se lanzaban al espacio provistos de los paracaídas antigravitatorios.

Dick se puso en comunicación con Foster.

—¡Es imprescindible capturarles antes que puedan buscar refugio en cualquier parte de la superficie de Mercurio, Foster! —dijo.

—¿Qué quieres que hagamos?

—¡Lanzarnos al espacio nosotros también! ¡Dejemos un hombre en cada nave para que cuide del aterrizaje! ¡Sin pérdida de tiempo, Foster!

Cortó y se dirigió a Taylor.

—Tú cuidarás de aterrizar la nave —ordenó—. Molly se quedará contigo. Coutts y yo .nos vamos a lanzar al espacio.

Llevaban ya las pistolas en los cintos. No tuvieron más que ponerse las escafandras y ajustarse los paracaídas. Mientras lo hacían, Taylor estaba ya abriendo a salida de emergencia.

—¡No hagas funcionar el antigravitatorio hasta que estemos muy cerca del suelo Coutts! Conviene no perder tiempo en el descenso!

—De acuerdo, sargento.

Y Dick se lanzó al espacio. Atraído por la gravedad de Mercurio, sin que nada lo impidiese cayó como una piedra lanzada desde la nave. Pudo ver a sus compañeros cómo le imitaban ya. En tierra, vería al falso Russell y a los suyos que acababan de llegar.

Los paracaídas antigravitatorios tenían sobre los de tela la ventaja de que se podían hacer funcionar en cualquier momento, prescindiendo de a distancia a que se estuviese del suelo. Dick pulsó el mecanismo de suyo a muy pocos metros de la superficie. Su caída, entonces, se hizo mucho más lenta y pudo empezar a actuar.

Llevaba ya su pistola en la mano. Los hombres del falso Russell y éste mismo también apuntaban al aire, en dirección a los que iban descendiendo. A los auriculares de Dick llegó la voz del falso Russell.

—¡Fuego! ¡No esperemos más! ¡Ahora se estabilizan y es fácil apuntar!

Pero el primer disparo partió de la pistola de Dick, y uno de los secuaces abandonó su arma y se dobló lanzando un grito de dolor.

—¡Rendíos! —gritó el sargento— Rendíos o no va a quedar vivo ninguno de vosotros:

Los de tierra comprendieron la realidad. Podían, desde luego, causar algunas bajas entre los policías, pero ellos, ofreciendo un blanco menos móvil, serian definitivamente eliminados. Por otra parte, todos tenían constancia de su derrota tras la destrucción de las torres y el fracaso absoluto de su jefe. Luchando, era la muerte lo que les esperaba; rindiéndose a tiempo, sólo el penal.

Y empezaron a arrojar sus armas al suelo.

—¡Nos rendimos! —gritó uno.

—¡Cobardes! ¡Voy a acabar con vosotros! —exclamó furioso el falso Russell.

Furioso, volvió su pistola contra los que habían sido sus compañeros. Les hubiera ametrallado de no haber intervenido Dick con toda rapidez. Se encontraba entonces el sargento a dos metros de altura, casi encima de Russell, y entonces paró definitivamente su antigravitatorio.

Un salto rápido, al carecer de sostén, le llevó sobre su enemigo. Russell no pudo disparar, y los dos hombres rodaron por el suelo.

—¡No haga más tonterías, Russell! —dijo Dick, llamándole por su antiguo nombre—. ¡Ríndase! ¡No tiene escapatoria!

Pero Russell luchaba con la fuerza de la desesperación. Pudo colocar sus piernas encogidas ante el pecho de Dick, y estirándolas con furia mandó al sargento lejos de él.

Dick cayó de espaldas. Por suerte, la gravedad muy inferior de Mercurio le impidió un choque que hubiera podido desgarrar su traje de espacio, en cuyo caso las consecuencias hubieran podido ser funestas para él.

Se levantó lo más rápido que pudo y echó a correr hacia su enemigo. Porque Russell se había levantado también, y ahora huía en una dirección determinada. Estaba tratando de alcanzar un grupo de rocas no muy lejos de donde se había desarrollado el combate entre ambos.

—¡Basta de locuras, Russell! —gritó Dick.

—¡Pienso hacer todavía la última! ¡He perdido y me espera la muerte si me cogen, pero moriré matando! ¡Mi muerte será cual corresponde a mí genio y todos me acompañaréis en ella! ¡Todos los que estáis en Mercurio!

—¡Usted delira! ¡Le voy a alcanzar y…!

—¡No me alcanzará, porque yo estoy llegando! ¡Haré volar el planeta! ¡Mi viejo invento está aquí, preparado por sí lo demás fracasaba! ¡Mercurio desaparecerá! ¡No pude hacer volar la Tierra, pero me conformaré con esto!

En aquel momento, Dick le alcanzó de un salto y le cogió por un brazo.

—¡Quieto! —ordenó.

Russell se detuvo, en efecto, pero tratando de luchar aún. Quiso pegar un puntapié a Dick para retrasar su marcha. Le faltaban pocos pasos para llegar a las rocas donde sin duda se ocultaba un mortífero artefacto.

Pero Dick evitó el golpe y replicó a la vez. Un directo de los suyos, de los viejos tiempos, en los que puso toda la dinamita de que era capaz. El impacto dio en el estómago de Russell, que lo acusó con un terrible gemido, retorciéndose sobre sí mismo y cayendo a continuación desvanecido al suelo.

Por fin, el loco y su obra estaban bajo el dominio de Dick Maloney.

Las naves habían aterrizado ya. Los secuaces de Russell estaban bajo la vigilancia de Oates. Foster y los demás se acercaron.

—¡Nos ha costado, pero es nuestro, Dick!

Dick señaló al desvanecido Russell.

—Llevadlo a una de las naves —ordenó—: Despojadle allí del traje de espacio y tomadle las huellas digitales. Yo, mientras, destruiré el artefacto que había intentado hacer estallar.

El artefacto que Dick encontró entre las rocas, era una bomba del mismo tipo que la encontrada años antes, cuando Bill Bannister pretendió hacer volar la Tierra.

Cuando la hubo inutilizado, se dirigió a la nave donde habían llevado al falso Jim Russell. Allí, en la cámara de mandos, estaban todos reunidos, incluida Molly. Los prisioneros habían sido encerrados en uno de los camarotes, salvo Russell, que yacía sin sentido aún en el suelo.

—¿Le habéis tomado las huellas digitales? —preguntó Dick.

—Aquí están —contestó Foster, mostrando unas fotografías—. Y hemos sufrido un formidable error, Dick. Pese a lo que manifestó Molly, ese hombre es Jim Russell. ¡Mira las huellas, Dick! ¡Es Jim Russell! ¡El auténtico Jim Russell! ¡El hombre que salió del penal!

—¡Pero esto no es posible! —exclamó Molly—, ¡Yo les aseguro que no! ¡Mi tío tenía una herida...!

Dick la contuvo con un gesto.

—Tengo mis razones para suponer que esta vez las que nos engañan son las huellas digitales —dijo.

—Pero... —fue a objetar Foster.

—Sólo puede haber una explicación —repuso Dick—, La conoceremos sin duda cuando hayamos regresado a Ottawa.

Hablaba con seguridad. Como el hombre que ha visto disipadas todas sus dudas.

En aquel momento, Jim Russell, o quien fuese, se empezó a mover. Se estaba recuperando y miraba a las personas que le

rodeaban. Se estaba imponiendo de su derrota definitiva.

Dick le contempló mientras lentamente se iba levantando. Esperó a que se pusiera completamente en pie. Entonces, de acuerdo con los cánones clásicos, apoyó una mano en su hombro y pronunció las palabras de ritual:

—¡En nombre de la Ley le detengo, acusándole de haber asesinado a un compañero de presidio, de haberse fugado bajo falsa personalidad y de haber intentado un crimen de lesa Humanidad, Bill Bannister!

Hubo sorpresa general. La mayor de todas fue la del propio Bill Bannister, cuya verdadera personalidad acababa de ser denunciada.

CAPÍTULO VIII

La falta de calor solar no se ha repetido en la Tierra. Sin embargo, la gente seguía aún alarmada ante el temor de una posible repetición. La amenaza de Bill Bannister seguía en pie, y el plazo concedido no estaba aún extinguido. Si no se hacía algo, el frío podía volver.

Los representantes de los diversos Gobiernos continuaban sin haber llegado a un acuerdo. Estaban por decidir aún las medidas que se habían de tomar para hacer frente a la amenaza, y las opiniones seguían divididas entre los que deseaban procedimientos drásticos y los que pretendían parlamentar con el loco antes de que éste llevase las cosas a un extremo irreparable.

En la Jefatura de la Real Policía Montada del Noroeste, en Ottawa, en el despacho de su jefe Mac Inner, estaban reunidos varios personajes: el propio Mac Inner, el sargento Dick Maloney, al cabo Jack Foster y los policías Oates, Breen, Coutts, Gardner y Taylor. Con ellos, cierto Fred Murdock, médico de la penitenciaria «N-2». Y una mujer: Molly Russell.

—Explíquese, Maloney.

La orden procedía de Mac Inner. Y Dick empezó a hablar.

—Bill Bannister fue detenido y condenado, y supimos que sus auxiliares, si los tenía se habrían dispersado, para evitar ser capturados a su vez. Fue un error por nuestra parte, los cómplices de Bannister, los que habían de compartir con él el fantástico mando del Universo, actuaban en la clandestinidad, según instrucciones que el propio Bannister les había dejado.

—¿Cómo ha podido llegar a esta conclusión?

—Los avanzados que estaban los preparativos —contestó Dick—. Mientras Bannister estaba en la cárcel y todos dormíamos tranquilos, su gente trabajaba. Por esto se pudieron completar las pantallas emisoras de rayos contra el calor solar, y por esto se pudo poseer un buen retén de astronaves, adquiridas tal vez por piezas y montadas en cualquier planeta desierto, Venus, por ejemplo. Todas estas cosas no se improvisan en un día. Bannister tuvo que hacer reunir todos los elementos, sin llamar la atención.

—¿Y luego?

—Luego, dentro del plazo previsto, aunque no podía mantener contacto con sus cómplices, debido a lo riguroso del reglamento en el penal, Bannister empezó a preocuparse por la fuga.

—¿Sabía usted que se fugó, que no había muerto? —preguntó Mac Inner.

—Era la única deducción lógica. Todo lo que se hizo después sólo lo podía hacer el propio Bannister. Por lo tanto, yo pensé en la posibilidad de que no hubiera muerto, pese a las seguridades que se dieron en el penal. Bannister no podía salir vivo... pero podía salir otro en su lugar. Jim Russell. Por lo tanto, Bannister se preocupó de conseguir las facciones y las huellas digitales de Russell. Los rostros fueron imitados a la perfección, mediante la nueva cirugía plástica. También se podían imitar las huellas dactilares, ya que en el penal estaban registradas.

—Pero alguien tenía que hacer todo esto —dijo Mac Inner—, Y desde el exterior...

—Bannister era un loco, pero había conseguido convencer a algunas personas. La prueba es que no estaba solo en la lucha. Como todos los grandes megalómanos del pasado, encontró quien le quiso secundar, esperando grandes ventajas cuando Bannister fuese amo del Universo. Y se buscó a alguien dentro del penal. Un médico.

Murdock, el médico del penal, se puso en pie y miró a Dick con el aire de reto.

—¿Qué quiere usted decir, sargento? ¿Insinúa que yo...?

—He hablado de un médico, no le he nombrado a usted. Ese médico cuidó de confeccionar las dos caras de plástico que serían colocadas a los dos hombres en una hábil y rápida operación. A Bannister la de Jim Russell y a éste la de Bannister. En el penal había fotografías de los dos. Todo se pudo resolver.

Dick se levantó a su vez y su índice acusador señaló al médico.

—¡Y usted, el que asistió a Bannister en su supuesto ataque al corazón, usted, que lo certificó, fue quien efectuó las sustituciones!

—Tendrá que probar eso —dijo el médico.

—Está probado, porque tenemos la confesión de Bannister. Pero no haría falta. Bastaría comprobar la materia de su rostro, idéntico al de Jim Russell. ¡Bastaría comprobar la materia plástica sobre la piel de sus dedos, con las huellas dactilares también de Jim Russell!

El dedo acusador de Dick volvió a señalar al médico.

—¡Por eso le hemos hecho venir aquí! ¡Necesitábamos evitar toda posibilidad de fuga, porque sobre usted pesan los delitos! ¡El de haber ayudado a Bannister a escapar y el de haber asesinado a! infeliz Jim Russell! ¡Usted lo mató, certificando luego el ataque al corazón! Y una vez muerto, rápidamente, le colocó el rostro de plástico de Bill Bannister! ¡Fue enterrado como Bill Bannister, y su rostro no estaba en descomposición cuando lo miraron con rayos ultrapenetrantes en la tumba! ¡Porque era de plástico! ¡El infeliz Jim Russell fue asesinado, porque era el preso que terminaba más pronto su condena, y Bill Bannister se tenía que fugar! ¡Usted lo mató! ¡Confiéselo!

—¡Sí, fui yo! —dijo el médico—. ¡No me importa ya que lo sepan, puesto que no hay posibilidad de negarlo! ¡Pero quiero que sepan también que no he venido desprevenido aquí!

Y, de pronto, en gesto muy rápido, el médico extrajo una pequeña pistola de percusión atómica, que llevaba escondida.

—¡Pienso salir con vida! ¡No se muevan! ¡No me va a importar un asesinato más! ¡Escaparé de aquí! ¡Yo mismo me pondré un rostro de plástico y no me podrán encontrar nunca! ¡No he podido ser el médico de Bill Bannister, como señor de! Universo, pero no me cogerán! ¡Salvaré la vida!

Empezó a retroceder hacia la puerta. Nadie se atrevía a hacer el menor movimiento.

—¡No sea loco, Murdock! ¡Le cogeré de todos modos! ¡Ya estoy acostumbrado ahora a reconocer los rostros de plástico! — dijo Dick.

La pistola de Murdock se alzó, amenazadora. Dick comprendió que iba a disparar. Su vida pendía de un hilo.

Entonces, dio una muestra más de su rapidez mental al pensar. Sin moverse, para no estimular a Murdock, dijo:

—¡El cierre mecánico de la puerta, jefe! ¡Puede pulsarlo con el pie! ¡Murdock quizá nos mate a todos, pero no podrá salir luego de la habitación!

—¿Eh? —dijo Mac Inner.

La puerta no tenía cierre mecánico de ninguna clase. Pero Murdock lo ignoraba, y tuvo un movimiento de vacilación. Por encima de todo, le interesaba salir con vida.

Hizo un movimiento en falso para alcanzar la puerta y abrirla. Podría disparar desde el umbral, cuando estuviera ya a salvo. Pero la leve vacilación le perdió.

Dick, dando fe de su capacidad atlética, se lanzó adelante. Un salto que terminó en plancha, hacia las piernas de Murdock, y el médico, cogido por sorpresa, perdió el equilibrio.

Dick se puso en pie con un movimiento gimnástico. Antes de que Murdock pudiera reaccionar ya su muñeca estaba agarrada, retorcida, y la pistola rodaba por el suelo.

—¡Ah! —rugió— ¡Me ha engañado usted!

Murdock estaba acorralado. Quiso luchar, sin embargo. Tiró un fuerte golpe, que Dick pudo evitar con excelente facilidad, sólo alzando los brazos.

—¡Saldré de todos modos — dijo el médico.

—¡De esto, no me cabe la menor duda! —contestó Dick.

Y contestó con otro golpe, éste fulminante, dirigido a la barbilla del médico. Un golpe de los buenos tiempos», como el que, en dos ocasiones, ya había acabado con las insensatas pretensiones de Bill Bannister, el loco.

El médico casi fue alzado en vilo. Trastabilló hacia atrás, y se desplomó sobre el suelo, desentendiéndose ya de cuanto pudiera suceder en la habitación.

—Saldrá, pero esposado —fue a comentario de Dick, mientras recuperaba la respiración

Nadie se había movido de donde estaba Hacía ocurrido todo con tal rapidez, pero no había dado tiempo a los valerosos compañeros de Dick a intervenir en su ayuda. No obstante, el sargento acababa de demostrar que se podía desenvolver muy bien él solo.

—¡Canastos, Dick! —exclamó Foster— Si no llega a ser por ti, el tipo nos hubiera hecho pasar un mal rato.

Dick le contestó con una sonrisa. Luego se dirigió a Mac Inner.

—Creo que podemos continuar, señor.

—Sí, Maloney —contestó el jefe—. Pero he de felicitarte por la ocurrencia. Yo mismo me quedé un coco pasmado cuando nombró el

cierre mecánico de la puerta…

—Me enseñaron que un Montada ha de tener siempre recursos a mano. No es fácil sobrevivir cuando se lucha contra el delito. Pero dejemos ya esto, señor. Creo que se ha aclarado ya cómo consiguió Bill Bannister escapar del penal, sacrificando al infeliz Jim Russell, un hombre que no entendía más que del comercio de su tienda y que era incapaz de organizar nada parecido al robo del calor del Sol.

—Sí, había muchos motivos para sospechar. Pero las cosas parecían tan evidentes…

—Bill Bannister, una vez con el rostro y las huellas digitales de Jim Russell, pudo salir del presidio y se presentó en su casa. Luego, juzgó que mientras llevase el rostro falso podría circular tranquilamente por el mundo sin peligro. Hasta que hubiese logrado su ambicionada poder. Entonces, recuperaría sus facciones y se daría a conocer tal como era en realidad.

Mac Inner alargó su mano hacia el joven.

—Ahora, todo queda explicado, sargento. Será su mayor hazaña. Superior aún a la primera captura de Bannister. Le felicito una vez más. Dentro de poco tiempo, el Gran Consejo de Seguridad lo sabrá todo.

—Y el mundo, para su tranquilidad, debe ser informado de que ya nadie le robará más el calor.

—Sí, Maloney. Yo cuidaré de todo.

Las dos manos se estrecharon con fuerza.

—¿Puedo retirarme, señor?

—Sí, Maloney. Y creo que se ha merecido una buena licencia. Tómese los días que considere necesarios. No le pongo límite.

—Gracias, señor.

Dick salió del despacho. Sus amigos, después de haber sido felicitados a su vez por Mac Inner, y de haberles sido concedida licencia en idénticas condiciones, se despidieron también.

Se separaron todos, Dick quedó solo con Molly. Ahora tenía otro problema de resolver. No era policíaco, sino muy personal. Y el joven, que no temblaba ante los bandidos, empezó a ponerse nervioso.

—Ahora... volverá usted, sin duda, a su tienda, Molly.

—Desde luego. ¡Pobre tío Jim! ¡Nunca me acostumbraré a la idea de su muerte!

—No creo que le sirva de consuelo, pero le diré que sus asesinos lo pagarán con la vida. Esta vez, no será encierro perpetuo en «N-2» a lo que se condenará a Bannister. Y tampoco el médico saldrá bien librado del juicio.

Estaban los dos en una de ¡as antecámaras del edificio. No había nadie más que ellos allí. Instintivamente, sin ponerse de acuerdo, se sentaron en un banco.

—Molly, yo... le quería decir algo —Dick volvía a estar nervioso.

—Hable, Dick.

—Supongo... creo que... no me guarda rencor por haber intervenido en la captura de su tío...

—No podría, Dick. Usted únicamente cumplió con su deber.

—Entonces, si le dijera que yo...

—¿Qué, Dick?

Y en aquel momento, Dick tuvo uno de sus rasgos de valor. Como si en vez de estar ante la mujer amada, estuviera ante el enemigo al que había de perseguir. Cogió a Molly por la cintura, y acercó su rostro al de la joven.

—¡Molly! ¿Pondrías alguna objeción a ser la esposa de un sargento de la Montada?

—No, Dick, si el sargento eres tú.


FIN